

---

# **La Revista de Santander**



**1935**

5C  
59

**Número 1**

**7.º tomo**



## SUMARIO

	Págs.
LA DIRECCIÓN: <i>A nuestros suscriptores</i> .....	1
GERMÁN DEL RÍO: <i>Del Puerto. Apuntes para su historia. La primera «Invencible». 1574.</i>	3
MANUEL LLANO: <i>Los regalos en la Historia</i> ....	17
ANTONIO DEL CAMPO ECHEVERRÍA: <i>El marqués de Casa-Cagigal, prócer de las armas y de las letras</i> .....	21
PEDRO ALFONSO LÓPEZ DÓRIGA: <i>Versos inéditos. Anclas abandonadas. A una niña bien. Nieve</i> .....	31
FRANCISCO CUBRÍA SAINZ: <i>El triunfo de la sangre</i> .....	33
FRANCISCO P. FUENTENEYRO: <i>Romance de Santiago Herrán. Romance azul. Dios castellano</i> .....	46

## Viuda e hijos de Casiano Arrarte



Efectos navales = Fábrica de cordelería  
= = y cables lubricantes = =



Calle de Méndez Núñez, 2  
Teléfono número 12-80

**Santander**

Telegramas y telefonemas  
Arrarte

### Imprenta

Impresos de todas clases para el Comercio, oficinas y particulares.... folletos, Revistas y propaganda en general

Amós de Escalante, 10 **Librería Moderna** Teléfono núm. 27-35

La mejor surtida y la que presenta mayores novedades. En su diaria exposición encontrará cuanto desee en el ramo de Librería

### Encuadernación

Encuadernaciones de lujo y económicas. Confección de muestrarios, carpetajes y cuanto tenga relación con esta industria



# BANCO DE SANTANDER

FUNDADO EN EL AÑO 1857 Y CAJA DE AHORROS ESTABLECIDA EN EL AÑO 1878

Capital: 10.000.000 pts.-Fondo reserva: 6.194.301,12 pts.

Fondo para fluctuación de valores: 2.835.936,83 ptas.

Sucursales: Alceda-Ontaneda, Ampuero, Astillero, Comillas, Espinosa de los Monteros, Lanestosa, Laredo, Osorno, Panes, Potes, Reinosa, Santoña, San Vicente de la Barquera, Sarón y Solares

## Banco filial: BANCO DE TORRELAVEGA

(Capital 2.000.000 de pesetas) con sucursales en CABEZÓN DE LA SAL y MOLLEDO

Realiza toda clase de operaciones bancarias.-Departamento de Cajas de Alquiler

**Principales operaciones:** Cuentas corrientes a la vista 2,50 % de interés anual. Cuentas corrientes con preaviso de ocho días 3,00 % de interés anual. Depósitos a tres meses 3,50 % de interés anual. Depósitos a seis meses 4,00 % de interés anual. Cuentas corrientes de moneda extranjera a la vista interés variable.

**Cajas de ahorros:** A la vista 3,50 % de interés anual sin limitación de cantidad. Cartillas especiales: Disponibles con preaviso de ocho días 4,00 % de interés anual. Los intereses se liquidan por semestres

Depósitos de valores sujetos a devolución sin previo aviso y a comprobación por los interesados durante las horas de caja, mediante la presentación de los resguardos. Cuentas de crédito, giros, cobro y descuento de cupones, órdenes de Bolsa y toda clase de operaciones de Banca

### BALNEARIO DE CALDAS DE BESAYA

Aguas clorurado-sódicas, Bromuradas, Nitrogenadas muy Radioactivas. Temperatura 37° Baños con agua corriente.

#### INDICACION

Reuma y Atritis en todas sus formas-Ciática Neuralgias-Bronquitis-Asma bronquial Cardiopatías, en las consecuencias de los traumatismos, etc., etc.

#### GRAN HOTEL DEL BALNEARIO

lujosamente reformado, inmejorable trato, asistencia completa de 14 a 30 pesetas, según habitación

Material de construcción y artículos de saneamiento

### Ladislao del Barrio y C.<sup>ta</sup>

Casa especializada en instalaciones económicas y cerámica artística

Pídanse nuestros catálogos ilustrados

Santander - Méndez Núñez, número 7

## Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Santander

Edificio central: Tantiñ, 1

Subcentral: Hernán Cortés, 6

### Sección del Monte de Piedad

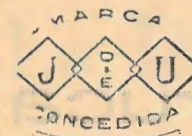
Préstamos sobre alhajas, ropas y efectos. Créditos y préstamos con garantía personal, hasta 2.000 pesetas. Créditos con garantía de valores. Idem con garantía hipotecaria exentos del pago de derechos reales e impuesto de utilidades

### Sección de la Caja de Ahorros

Libretas a la vista 3,00 por 100. Idem especiales con preaviso de ocho días, 3 1/2 por 100. Los intereses son abonados semestralmente en enero y julio. Sellos de ahorro. Buehas para tener en poder del imponente

### Sección de Retiros

Pensiones vitalicias y temporales. Idem inmediatas y dotes infantiles para los 20 o 25 años



BODEGAS

UZCUDUN

VINOS FINOS

SANTANDER - Teléfono 12-94

## GRANDES BALNEARIOS DE ALCEDA-ONTANEDA

LOS MAS ACREDITADOS PARA LA CURACION DE LAS ENFERMEDADES DE LA PIEL, VIAS RESPIRATORIAS, PROPIAS DE LA MUJER Y ARTRITISMO

### GRAN HOTEL DE ONTANEDA

El de mayor confort y más esmerado trato

## Banco Mercantil

SUCURSALES: Alar del Rey, Astillero, Astorga, Barruelo, Burgos, Cabezón de la Sal, Cistierna, Ciudad Rodrigo, Frómista, Guijuelo, La Bañeza, Laredo, León, Llanes, Ponferrada, Potes, Ramales, Reinosa, Sahagún, Salamanca, Salas de los Infantes, Santoña, Torrelavega, Unquera, Valencia de Don Juan, Cervera de Pisuerga, Palencia, Paredes de Nava, Dosada de Llanes, Santibáñez de B. r, Selaya y Villadiego.

Capital.....	15.000.000 de pesetas
Desembolsado.....	8.400.000 "
Fondo de reserva.....	7.500.000 "
" de previsión.....	7.467.100 "
" para fluctuación.....	"
" de valores.....	2.485.000 "
" de amortización.....	"
" de inmuebles.....	100.000 "

CUENTAS CORRIENTES a la vista, 2,00 por 100 de interés anual.-DEPOSITOS a tres meses, 3,00 por 100 de interés anual; a seis, 3 y medio por 100 de interés anual.-CAJAS DE AHORROS: A la vista, 3,00 por 100 de interés anual sin limitación de cantidad; a 12 meses, 4,00 por 100 de interés anual.-CAR-TILLAS ESPECIALES: Disponible, con preaviso de ocho días, 3 y medio por 100 de interés anual. -Créditos en cuenta corriente sobre valores personales. Giros, cartas de crédito, descuento y negociación de letras documentarias o simples aceptaciones, domiciliaciones, préstamos sobre mercaderías de depósito, tránsito, etc.; negociación de monedas extranjeras, afianzamiento de cambios de las mismas, cuentas corrientes en ellas, etc.; cupones, amortización y conversiones. Operaciones en todas las Bolsas. Depósito de valores. Caja de seguridad para particulares

Dirección telegráfica y telefónica: MERCANTIL

## Corecho Hijos, S. A.

Santander - Calle de Recoletos, núm. 3 Madrid

Instalaciones y calefacción, ventilación y saneamiento en toda clase de edificios :: Cocinas y servicios completos de fumistería

Las instalaciones de esta clase realizadas últimamente en el edificio de la Compañía Telefónica Nacional de España, dicen mejor que pudiéramos hacerlo nosotros, nuestra competencia en la materia

Otras instalaciones importantes realizadas últimamente:

Hotel Cristina, Sevilla - Casino de Sevilla, Sevilla

Todas las instalaciones del primer edificio de la Ciudad

Universitaria, Madrid - Residencia de Estudiantes de

la Fundación del Amo





# La Revista de Santander

Séptimo tomo

Núm. 1

DIARIO DE E. E. T. Y DE LAS J. O. N. S.

135

## A NUESTROS SUSCRIPTORES

Al dar comienzo en este año de 1935 el tomo séptimo de LA REVISTA DE SANTANDER, juzgamos oportuno volver la vista unos momentos al camino recorrido desde que apareció su primer número, correspondiente al mes de enero de 1930.

Dificultades de diversa índole han impedido la publicación de esta revista, desde el número primero, dentro de la periodicidad que se había señalado, y esto ha sido causa de que en la numeración cronológica se note una laguna: el año 1934, así como de que se observen, a las veces, en los tomos publicados hasta ahora la falta de algunos temas dignos de haber sido recogidos en estas páginas, pero que por ser de actualidad en su día, dejaban de serlo cuando salía a luz el número en que debieran haber tenido cabida.

No obstante esto, nuestros suscriptores y anunciantes han recibido en la debida proporción los números correspondientes a sus suscripciones y anuncios. Si así no fuera, deberán hacer la oportuna reclamación a la administración de LA REVISTA DE SANTANDER, teniendo en cuenta que a cada suscripción anual corresponden doce números, y que han sido tres las anualidades completas publicadas hasta la fecha y seis los tomos equivalentes a dos por cada anualidad, en esta forma: tomos I y II (año 1930); III y IV (año 1931); V y VI (medio año de 1932 y otro medio de 1933).

Para evitar en lo sucesivo esta irregularidad de orden cronológico, desde este tomo séptimo cada número saldrá sin periodicidad señalada, haciéndose las suscripciones por tomos y no por años, pero serán, como hasta aquí, dos el número de tomos que corresponderán a cada suscripción anual, aunque éstos puedan ver la luz en distinto tiempo.

Con solo repasar los índices de autores y temas que se contienen en cada uno de los seis tomos de LA REVISTA DE SANTANDER que se han dado a las prensas, podrá observarse la labor realizada en el campo de la His-

JABÓN

## Aromas de la Tierruca

IDEAL PARA EL TOCADOR

## La Rosario :: Santander

En la Librería Moderna, Amós de Escalante, 10, se ha puesto a la venta el tomo II del

### ROMANCERO POPULAR DE LA MONTAÑA

colección de romances tradicionales recogidos y ordenados por JOSÉ M.<sup>a</sup> DE COSSÍO y TOMÁS MAZA SOLANO

PRECIO: 7,50 PESETAS

**Las señoras** encontra-

rán en esta Casa, **Librería Moderna**, Amós de Escalante, 10, una extensa, variada y elegante colección de preciosas Revistas de Modas nacionales y extranjeras, con los figurines del más refinado gusto y alta novedad.



### SOCIEDAD ANONIMA "JOSE MARIA QUIJANO"

FORJAS DE BUELNA  
ACERO MARTIN -SIEMENS-  
HIERROS COMERCIALES  
ALAMBRES DE TODAS CLASES  
GRIS, BRILLANTE, RECOCIDO, COBRIZO,  
GALVANIZADO, ESTAÑADO PARA SOMIERS Y  
ESTAÑADO PARA COSEK LIBROS,  
REVISTAS, CAJAS DE CARTÓN, ETC

SANTANDER  
PUNTAS DE PARIS  
TACHUELAS, SIMIENTE  
ALCAYATAS, GRAPAS  
ESPINO ARTIFICIAL

FUNDADAS EN 1873  
ENREJADOS, TELAS METÁLICAS  
CABLES DE ACERO  
MUELLES, RESORTES  
OTRAS MANUFACTURAS DE  
ALAMBRE



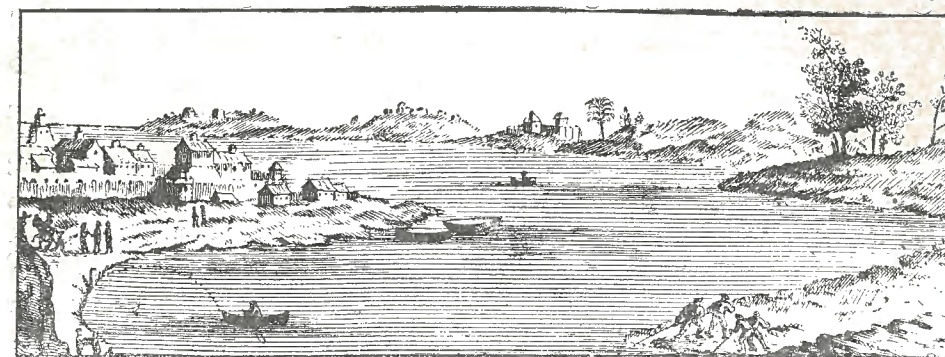
toria de la provincia y la trayectoria seguida en los varios años que lleva publicándose, en relación constante con los fines que desde el primer número nos propusimos.

Pero aún queda materia para largo, y son muchos los originales de interés, históricos y literarios, que esperan la ocasión de salir en letras de molde.

Para lograrlo deseamos la colaboración de cuantos se interesan por la Historia de la Montaña y por las diversas manifestaciones de su cultura.

Por nuestra parte, vaya la promesa de no dar paz a la mano en estas tareas de reunir y ordenar en forma adecuada los materiales sobre los que ha de levantarse una buena parte del edificio de nuestra Historia regional.

## LA DIRECCIÓN



## DEL PUERTO

# APUNTES PARA SU HISTORIA

LA PRIMERA «INVENCIBLE». — 1574.

De los tres encarnizados enemigos, que según el cronista de Felipe II, Luis Cabrera de Córdoba, tenía la «Monarquía de España» — «turcos, moros y sectarios» — fueron estos últimos los que, con mayor empeño, procuraron «molestarla y deshacerla». Y así como la lucha contra los primeros, por ser completamente excéntrica a la localidad santanderina, no se reflejó en ella directamente, no sucedió lo propio en cuanto a la postrera, pues integrada la coalición enemiga por «franceses, ingleses, rebeldes de Flandes y todo lo más fuerte del Setentrion» (1), por motivos de vecindad geográfica, posición estratégica y carácter de la contienda, tuvo que gravitar intensa y especialmente, sobre la modesta villa, que era Santander, a fines de la décimosexta centuria.

Antes de ello, mientras fueron solo hugonotes y piratas franceses actuando como avanzados guerrilleros de la herejía continental, los depredadores del litoral cantábrico, no merecieron sus correrías y robos la solícita atención de los monarcas castellanos, sin duda por recaer los daños sobre particulares intereses de navegantes y mercaderes, aunque fueran siempre humillantes y depresivas para su soberanía, cual la que refiere notabilísimo historiador, acaecida en nuestra bahía por mayo de 1555, y de la que fué víctima — en circunstancias penosamente afectivas —

(1) «Felipe Segundo, Rey de España», por L. Cabrera de Córdoba,



el armador montañés don Fernando de la Riva Herrera, al que una zabra francesa sacó del puerto, donde estaba fondeada una nao de 500 toneladas, sin que el vecindario, ni guarnición, pudieran hacer nada para impedirlo (1).

Semejantes y reiterados casos, ocurridos tanto en el reinado del Emperador como en el de su hijo, dieron ocasión a que repetidas veces las autoridades y vecindario reclamasen el artillado y fortificación de algunos puntos costeros que guardasen con sus fuegos la bahía, sin que sus peticiones fueren tenidas en cuenta, hasta que el advenimiento al trono inglés de la reina Isabel y tras el fracaso de sus escauceos matrimoniales con su cuñado Felipe, hubo de decidirse la política británica en sentido de franca hostilidad contra el Imperio Español, que ofrecía en su desmesurada extensión muchos puntos débiles y profundas resquebrajaduras, donde descargar con repentinos ataques e infiltrarse con sutiles artes, todas las ambiciones mercantiles y religiosos odios de la nación adversaria. Hubo, no obstante, un período preliminar y equívoco, en que falaces componendas diplomáticas, pudieron ir solventando, con notorio perjuicio para nosotros, las fatales consecuencias de los actos piráticos, pues dieron tiempo a que los secretarios de Isabel constituyesen un poder marítimo que no tenían al comenzar su reinado.

Pero ya a partir de 1568, un gravísimo incidente originado por el apresamiento de unas naves españolas que conducían numerario para el ejército de Flandes, hizo que se considerase como inevitable y a plazo no muy largo el rompimiento definitivo, y teniendo que ser la campaña esencialmente marítima, hubo que pensar en la habilitación de un puerto, que sirviera de base de operaciones a las escuadras españolas y que por múltiples razones que luego veremos magistralmente desarrolladas, no pudo ser otro que el de Santander, a pesar del arraigo y favor cortesano que por entonces parecía disfrutar el vecino de Laredo. No es ocioso, a este respecto, conocer cierto sucedido que refiere el doctor Solís de Merás en las «Jornadas de Pedro Menéndez de Avilés» y que demuestra no ser la causa santanderina extraña ni desafecta a las personales preferencias del monarca. Cuenta dicho doctor que viniendo Felipe II de Flandes para España en 1559, y al desembocar la flota conductora el Canal de la Mancha, se discutió en consejo a bordo del buque almirante, a qué punto de la costa habrían de ponerse las proas en rumbo de recalada. «Unos de los consejeros opinaban que a Coruña, otros que a Laredo, otros que a Bilbao o San Sebastián; *la voluntad de S. M. era siempre inclinada a Santander*», del que aparece en la junta como único propugnador. Obedecían tales

(1) «Ilustraciones a la Historia de la M. N. y S. L. Merindad de Trasmiera», por don Fermín Sojo Lomba.

dispares pareceres, según crudamente manifestó Menéndez al razonar su voto, a que los consejeros no atendían más que las conveniencias de su tierra natal o predilecta, con la vista puesta en las mercedes que haría el Rey donde desembarcase, mostrando la peregrina explicación, que en aquellos tiempos como ahora, las más altas consideraciones se posponían a mezquinas particularidades de política rural, a la vez que prueba la tradicional orfandad santanderina en los organismos rectores e influentes del Estado.

Preocupada la regia atención por otras urgentes necesidades, fué diferida por lo menos hasta 1571, la constitución en nuestro puerto de la base proyectada; año en el que varios conspicuos personajes —ingenieros, militares y marinos— de la talla del Duque de Medinaceli (don Juan de la Cerda); Pedro Menéndez de Avilés, Jorge Paleazo (el Fratrín) y Vespasiano de Gonzaga, vinieron a estudiar sobre el terreno lo más conveniente para la fortificación «que guardara el puerto y defendiera el surgidor del Sardinero» puesto que se pensaba en trasladar aquí «las embarcaciones de armadas que se hacían en Laredo» (1).

Aunque desconocidos los términos literales con que los distinguidos visitantes evacuasen su comisión, debieron ser favorables en extremo, y su sentir general puede colegirse de las manifestaciones que uno de ellos, el Duque de Medinaceli, hiciera al siguiente año de 72, al verse obligado a entrar de arribada en Santander con la mayor parte de la flota que conducía de Laredo a los Países Bajos y que por ser sintéticamente expresivas reproducimos textualmente. Decía Medinaceli al Rey con fecha 7 de mayo: «La nave en que yo estoy tomó este puerto, Lunes a las nueve horas de la mañana, con las que por una relación que aquí envió a V. M. podrá mandar ver dellas, y de las que tomaron Laredo, lo cual fuera bien excusado, por no desabrazarse destas otras de la Capitanía y *dejar este puerto que lo es y el otro no*, y así se puede salir del con tiempo hecho y cuando para este fin, hubiera salido a la mar era lo que cumplía» (2). Avalora tan rotundo juicio, el considerar pudo ser influido, aparte el convencimiento propio, por el asesoramiento marinerio del ya famoso Juan Martínez de Recalde, consejero náutico del Duque en el mando de la flota.

Coincidiendo con tales informaciones técnico-oficiosas, es conveniente señalar otras consignadas en instrumentos de mayor difusión y que extienden por el mundo civilizado un concepto del Santander de aquella época, que contrasta fuertemente con la tesis derrotista sustentada por

(1) «Apuntes sobre el castillo de San Martín..... etc.» por don Eduardo de la Pedraja, publicados en «El Atlántico» —marzo 1886— Colección Pedraja. Biblic. Municipal.

(2) «Colección de documentos inéditos para la Historia de España. —T. 36.



la mayoría de nuestros cronistas, empeñados en extremar la idea del poblachón humilde y oscuro de pescadores, agrupado frente a la sede abacial y sin asomos de personalidad. Sobradamente conocidas son las celebradas obras de Braun Hogemberg y Rotta Valleggio meritisimamente glosadas por el erudito Maza Solano en el primer número de esta Revista, y las reiteradas inclusiones de Santander en cartas geográficas de antigüedad más remota (1), y por si esto fuera poco, la infatigable competencia de don Fernando Barreda, acaba de exhumar prueba convincente de la universalidad santanderina, con la cita afortunada de los escritores alemanes, que por los años 1529-32, se ocupan de la indumentaria típica de las mujeres de nuestra tierra (2).

Por fortuna, de tan generosos intentos, cabe esperar saludable reacción contra la menguada manera, hasta hoy en boga, de interpretar el pasado con la completa rehabilitación precisa y documental de importantes episodios, que ignorados o lo que es peor, desdeñosamente preteridos, son, sin embargo, piedras angulares de nuestro conjunto histórico. Y entre todos, pocos o ninguno, tan rico en sugerencias y probables fuentes de conocimiento, como el que nos sirve de tema para componer este trabajo y cuya transcendencia en la historiografía local, solo puede ser oscurecida por la que adquiere en la general del mundo, cuya extructuración político-social sólo Dios sabe cuál sería al presente si el glorioso Adelantado de la Florida logra dar vela en la bahía santanderina e irrumpir por el Canal de la Mancha y mares del Norte, como ejecutor *ferro et igne* de los altos e imperiales designios de su monarca.

\* \* \*

Al comenzar el año de 1574, Pedro Menéndez de Avilés «el mejor marino del siglo XVI, a quien España debía un monumento, la historia un libro y las musas un poema»; (frases felices y pretéritas de don Aureliano Fernández Guerra), se encontraba en Cádiz ultimando afanosamente los preparativos de una escuadra que había de conducirle a su Adelantamiento de la Florida, cuando por Real Decreto de 10 de febrero se le nombró Capitán General de otra que a toda prisa debía

(1) En la Biblioteca Menéndez Pelayo, existe una curiosa reproducción a los  $\frac{2}{5}$  del tamaño original, de una carta del famoso «Atlas Catalán» del siglo XV, dibujado por Maciá de Viladestes en 1413, en la que aparece Santander entre muy contados lugares notables de la península Ibérica. («Memorias de la Academia de Buenas Letras de Barcelona», t. II).

(2) «Dos cartas de un mercader santanderino, residente en Flandes en el siglo XVI»; por F. Barreda. LA REVISTA DE SANTANDER, t. 6.º, núm. 3.

organizar en Santander para acudir en socorro de las fuerzas españolas, seriamente comprometidas en los Países Bajos por la insurrección de sus naturales (1). Esta flota auxiliadora debía componerse, conforme a las instrucciones circuladas, de cuarenta zabras, otras tantas chalupas y veinte pinazas protegidas por una veintena de naos gruesas, llevando a su bordo un efectivo total de nueve mil hombres, entre soldados y marineros.

Por la cédula real de nombramiento fué investido Menéndez de amplísimas facultades, poniéndose a su disposición los recursos enteros del litoral desde «Bayona a Bayona», a la vez que se le prevenía *la más absoluta reserva* sobre el destino final de la expedición; advertencia con exceso cautelosa y que parece indicar otra secreta finalidad, distinta de la natural y divulgada de socorrer a la plaza de Middleburg, en Flesinga. Prevención asimismo ineficaz para la sagaz policía del gabinete británico, quien no habría de tardar en descubrir las verdaderas intenciones de la corte española, merced al excelente servicio de espionaje que tenía montado (2). Y con tanta celeridad funcionaron estos agentes secretos, que no más tardar del 20 de marzo pudo ya el Rey trasladar a su almirante copia de nota confidencial, recibida de Londres, (también Felipe tenía espías y, por cierto, pagados espléndidamente) en la que se le noticiaba haber dispuesto la reina Isabel la inmediata salida de navíos corsarios a cruzar desde la Roca de Lisboa a la entrada del Canal, para vigilar los movimientos de la flota, que se reunía en Santander, como exploradores del grueso más fuerte, de cuarenta buques, que destinó al bloqueo de nuestras costas con instrucciones y propósitos más francamente hostiles. Se guarecía y repostaba este núcleo enemigo en el cercano puerto francés de La Rochelle, sede a la sazón de los hugonotes del vecino reino y, por ende, centro apto y propicio a toda empresa contra la católica España, donde se clasificaban y retransmitían cuantos infor-

(1) Aunque este fuera, en verdad, el objetivo de momento, no conviene olvidar que el ataque repentino a las costas inglesas era un pensamiento, siempre latente en el ánimo de Felipe, que condensa en pocas palabras, ilustre historiador y paisano, al escribir «La Jornada de Inglaterra o sea la invasión de este reino por las fuerzas de Felipe II, era un episodio que desde los comienzos del reinado de este monarca se iba preparando». («Archivo Histórico Nacional», t. II; prólogo E. Herrera Oria, S. J.)

(2) Fueron los ministros de Isabel la grande, habilísimos organizadores de las complejas y sutiles artes confidenciales, al extremo que uno de ellos, Sir Francis Walsingham, fué *el maestro espía más consumado que en el mundo haya existido*. Así le define el notable hispanista inglés M. Hume. Utilizaron para sus fines la fobia sectaria y antipatriota de un grupo de españoles heréticos que, huyendo de los rigores inquisitoriales, encontraron en Londres, refugio acogedor, entre los que descollaba alguno de claro abolengo montañés, que por estos años del 73 y 74, ocupaba puestos distinguidos en la incipiente organización anglicana. («Historia de los Heterodoxos Españoles», M. Menéndez Pelayo; t. V, Libro IV).



mes y noticias por la costa podían recogerse, acerca de las obras y preparativos que en Santander se efectuaban; que llegaron a ser tan alarmantes, que juzgándose los ingleses incapaces de resistir en mar abierta a las fuerzas que Menéndez reunía, y que contaban habría de ascender a 350 velas y 30 galeras, pensaron en dar uno de aquellos audacísimos golpes de mano, en que fueron maestros sus marinos, y destruir la flota dentro del puerto, arrasando e incendiando astilleros, fortificaciones y depósitos.

Recibiéronse aquí oportunos avisos de tales proyectos, abortados por el caudillo español, de carácter poco apropiado para dejarse sorprender ni intimidar y para cuando el Rey, con fecha 5 de junio, le mandaba extremar la vigilancia y colocar algunas piezas de artillería en la punta del Fano (sic) para defender la entrada de la bahía, ya estaban tomadas todas las precauciones imaginables para hacer pagar caro su atrevimiento a los presuntos asaltadores.

Han de ser, sin duda alguna, las incidencias derivadas del espionaje una de las facetas más sugestivas, en la parte por completo inédita del episodio, puesto que en el recinto de la villa tuvieron que localizarse los trabajos de las gentes al servicio de Inglaterra, con las obligadas complicidades de algunos de sus moradores, y en la ya conocida se rastrean las sospechas de haberse ocupado en labor más positiva que la silenciosa de recopilar informes. Las enojosas disputas surgidas entre el Adelantado y el Conde de Olivares, ministro o delegado regio con poderes equivalentes o superiores a los de Menéndez, francamente desmoralizadoras para las dotaciones, pudieron ser ocultamente atizadas por personajes de bastardas intenciones, persiguiendo el fin de hacer saltar del mando supremo al único español capaz de llevar a feliz término la empresa. Al fracasar en este empeño tal vez pusieran en práctica medios más expeditivos y graves, de los que en obra maestra de nuestra literatura se apuntan claramente los resultados, tal como pudieron sospecharse entonces (1).

No es de extrañar, que solamente simples indicios o conjeturas, sean los que podamos aducir en cuanto a extremos que por su naturaleza no pueden haber dejado constancia escrita si aun en los más elementales de este armamento hay discrepancias de bulto entre los pocos historiadores que de él se ocupan. Tal ocurre, por ejemplo, con el número de buques y hombres que en definitiva se reunieron. El Mariscal Gabriel de Rivera, contemporáneo de los sucesos, le cifra en «Trezientas y tan-

(1) Al referirse a la epidemia que asoló la flota, dice Vicente Espinel, alférez en ella, en su «Vida del Escudero Marcos de Obregón» y entendiose que se hizo algún daño en los mantenimientos, señalando en esa acción el origen de la enfermedad.

tas velas y diez y ocho mill y tantos hombres». Solís de Merás, Cárdenas y Navascués, repiten los mismos buques, defiriendo en los tripulantes que dicen, respectivamente, haber sido veinte y treinta mil. Don Cesáreo Fernández Duro, descompone el total de navíos en 176 naves menores, 12 pataches de más de 100 toneladas y 24 naos gruesas, mayores de 500, guarnecidas y tripuladas por doce mil hombres de guerra y mar, aumentando la confusión imperante el que sea el propio Adelantado en una de sus postreras cartas, dirigida a su sobrino y homónimo Pedro Menéndez Marqués, quien rebaje a *ciento cincuenta velas y doce mill hombres* el total de la flota por él organizada (1).

En lo que todos están contestes es en el entusiasmo y calidad de los embarcados, debido sin duda al carácter nacional y decisivo, que el espíritu popular adivinó en la empresa y que la hizo alcanzar en su composición categoría casi de cruzada. Se alineaban en nuestras aguas *los mejores navíos que jamás se han juntado* tripulados por *gente muy lucida y de provecho, todos muy bien armados y con muy buen espíritu y ánimo de trabajar, servir y pelear*, decía Menéndez al Rey en 15 de agosto, conceptos elogiosos que ratifica a su sobrino en la carta precitada, cuando le dice haber embarcado *gente muy principal y lucida, que no ha quedado por acá hombre diestro que no se haya metido en ella*. En el «Marcos de Obregón», subraya asimismo Espinel la cuantía y brillantez del equipaje al exclamar *quien viera la gente que se juntó de Andalucía y Castilla, guzgara que para todo el mundo bastara*, pues *embarcóse lucidísima gente moza y muy robusta, con muy grandes esperanzas que el gallardo brío les prometía*, y tan alto llegó a juzgarse el honor de ostentar un cargo en el nobilísimo alarde, que bien pudo decirse por tierras castellanas: *desdichada la madre que no tuvo hijo alférez en la armada de Menéndez*.

Pues tan abigarrado, numeroso y espléndido concierto se preparó en Santander durante aquella primavera y verano de 1574 y es necesario fijar un momento la imaginación retrospectiva, para darse débil cuenta del esfuerzo sobrehumano a que la capacidad de la villa tuvo que estar sometida para atenderle, y de la enorme cantidad de trabajo, intensivamente acelerado, que sus industrias y factorías hubieron de desarrollar en febriles preparativos, siempre espoleados, artífices y vecinos por el férreo dinamismo de Menéndez. No es sólo en el orden material de los grandes intereses puestos en juego, al disponer nuevas gradas, talleres y maestranza donde construir buques y reparar otros, acoplando en can-

(1) Documento fechado en Santander el 8 de septiembre, día en que ya Menéndez se sintió enfermo; citado por E. Ruidíaz en su notable obra «La Florida, su conquista y colonización», de al que entresacamos la mayor parte de los datos para componer este trabajo.



tidades fabulosas víveres, municiones y armamentos donde pueden encontrarse recuerdos de grandeza insospechada, para el estudio a realizar de tales jornadas de epopeya, sino que junto a ellos existen otros de no menor interés, cuales serán los producidos en la vida social del burgo por la convivencia estrecha entre su vecindario reducido (cuatro mil y pico habitantes) de los numerosos y heterogéneos elementos humanos que desde todos los ámbitos peninsulares a la villa confluían.

Días óptimos y esplendentes, únicos en los fastos santanderinos, y que sólo la pluma excelsa del inmortal autor de «Costas y montañas» pudo haber evocado con la unción maravillosa y el estilo soberano con que cinculó otras páginas, tal vez sin par en el habla castellana. Pero quedaron inéditas las que a estos días correspondieran, siguiendo el mismo rumbo de toda aquella generación de ingenios locales. Y menos mal que ajenas diligencias hayan exhumado documentos como el que sigue, encendida apología y cabal ejecutoria del puerto santanderino, y que nos sirva a los profanos en las artes investigadoras para advertir la importancia que siempre tuvo.

Contestando Menéndez a consulta que el Rey le hiciera, respondía con fecha 15 de agosto: (1) «En lo que toca a que siendo necesario tener esta Armada en pie, para salir con ella la primavera con más o menos pujanza, diga lo que me parece y dónde se podrían acomodar las gentes con menos gastos y más quietud, yo quedo haziendo relación dello y la ynbiare a V. M. antes de mi partida, aunque esto no se puede acertar también agora como a la vuelta; más de prebenir dende luego los bastimentos y municiones necesarias *para este puerto de Santander, que en ninguna otra parte destos reynos puede estar mejor, ni también para hazer estar a raya los corsarios de Francia, Flandes, Inglaterra y Rochella* *ques en este puerto*, por el corto camino que ay a estas partes y a Ugente y Sorlinga e Irlanda, porque los enemigos que saliesen a robar a la mar de Poniente, tendrán quando se retirasen a sus tierras encontrar con esta Armada o parte della y que les tendrá tomado el paso de entre Ugente, Sorlinga e Irlanda, ques por donde ellos han de bolber a sus tierras; por lo cual toda la costa de Poniente estará mejor guardada y *las flotas de Indias más seguras*; y cuando oviere guerra con los erejes y rebeldes de Flandes, es forzoso que la Armada *se bastezca, provea y enbierne quando convenga en este puerto de Santander y no en otra parte.....»* (2).

(1) «La Florida.....», t. II; el original en Simancas. Estado. Leg. 156.

(2) Condiciones perennes de su posición estratégica, que aun modificadas, en parte, por la diversidad de objetivos y la evolución de los medios de combate, no dejan de ser susceptibles de utilización, cual lo serían en otros países, más atentos a su política nacional. Debe mencionarse a este respecto «Base naval secundaria en el mar Cantábrico», por don Gabriel Huidobro de la Cuesta. 1916.

Queda con este importantísimo informe inapelablemente determinado el porvenir futuro del puerto santanderino. Base militar en todas las operaciones navales de las flotas españolas, arsenal para construcción y aprovisionamiento de sus escuadras, plaza, por tanto, fuertemente fortificada y guarnecida, no sólo para la propia defensa, sino como dominadora ofensivamente estratégica de las rutas enemigas, siempre expuestas a ser cortadas y batidas, cual demuestra el Adelantado, y eso hubiera sido Santander, aun ocurrido el desastre de la armada de Menéndez, y en su bahía hubiérase organizado la antonomásica Invencible de 1588, si la incorporación de Portugal a la soberanía de Castilla, producida en el interregno, no hubiese desplazado hacia Lisboa el centro de la política naval de Felipe II.

\* \* \*

Las risueñas posibilidades, que habían encauzado el progreso de Santander por derroteros tan amplios y tangibles, viéronse súbitamente detenidas por el destino adverso, que tristemente acompañó a Felipe en su largo forcejeo contra Isabel de Inglaterra, y que fué en esta ocasión dolorosamente trágico para la Montaña entera. La poderosísima escuadra con tanto esfuerzo formada, vióse arruinada y deshecha sin llegar a combatir, por el más poderoso e invencible de los enemigos que su hado maléfico pudo depararla, el de la peste, que al diezmar las dotaciones y vecindario de manera despiadada, salvó seguramente a Inglaterra de un desastre sin precedentes en su historia y sin valoración posible en las consecuencias futuras. Pudo pensarse, como Espinel lo hizo, que manos mercenarias o traidoras fueran capaces de haber originado la hecatombe española; pero esta persuasión que resulta inadmisible en términos generales, pudiera no ser infundada en absoluto, en cuanto atañe particularmente a la muerte de Menéndez, pues no era en la época cosa excepcional el suministrar *un bocado*, diligentemente preparado, al rival o adversario a quien se temía o estorbaba.

La etiología de la epidemia parece estar, al decir de los doctos, suficientemente esclarecida. El Dr. Mariscal afirma que la endemia comunemente llamada *tabardillo*, y que con alternativas asoló a España durante dos siglos, habiendo años de 600.000 defunciones, era el tifus abdominal, siendo Santander por tristísimo privilegio una de las poblaciones más insistentemente castigada (1).

Los efectos mortíferos del terrible azote, fueron de rigor extraordinario por lo que toca a las dotaciones; así se deduce tanto de lo que

(1) Biblioteca clásica de la Medicina Española. Dr. N. Mariscal, t. I.



Espinel refiere como por lo que cuentan algunas referencias sueltas que en el Apéndice insertamos. No conocemos otras que aludan a la población civil evidentemente castigada, dada la excesiva aglomeración de gentes y la ausencia de medios profilácticos de defensa contra el pestífero contagio. No obstante, pueden deducirse los estragos, de una información de cuatro testigos, hecha en 10 de enero de 1576 (1), ante el corregidor don Jorge Manrique, que ya lo era en 1574, y de la que resulta que siendo en 1573 el censo de la villa de 900 vecinos, no contaba entonces más de 354, siendo tan enorme baja, de casi dos tercios, el catastrófico saldo de la epidemia. En el Apéndice y como curiosidad sobre todo para los entendidos en el arte de curar, damos los partes facultativos de los médicos que asistieron al Adelantado, que sin duda representan todo el saber terapéutico de aquellos tiempos. La medicina vulgar empleaba remedios más simples y repugnantes, pues Espinel nos dice haberle curado su huésped las calenturas dándole a beber *vino de Rivadavia con suciedad de ratones*.

Mas a pesar de los horrores dimanados de la invasión pestífera, las indomables energías del glorioso caudillo, sobreponíanse a tanto infortunio y si el aciago día 8 de septiembre no hubiese también caído, es casi seguro que la flota hubiese salido a la mar, aunque ya en mala sazón y disminuía en mucho su eficiencia combatiente. Dicho día celebróse extraña fiesta, que concisamente refiere Solís de Merás: «Los ministros reales le entregaron, como a Capitán General, la flota, investido de cuantas facultades y poderes quiso, celebrándose con grandes alegrías, salvas y ceremonias, pero en aquel mismo día le acometió un tabardillo tan violento, que le desahuciaron, recibió todos los Sacramentos, hizo testamento y murió el 17»; acabando en Santander la vida hazañosa, justamente en el mismo lugar donde la comenzara cuarenta años antes, el más grande Capitán de las armadas hispanas.

La muerte física de Menéndez, fué la moral de toda la flota «que acabó con él como si parte de su existencia fuera, y el asombro de todos fué tan grande, que la Armada no pudo conservarse ni el Rey tuvo a quién confiarla», dicen Duro y Cárdenas al narrar el tristísimo suceso. Por sucesión reglada conforme a ordenanza, recayó el mando en el general don Pedro Valdés, quien intentó sacar la escuadra a la mar, más con fines higiénicos que combativos, pero rota la moral de los subordinados, amotinóse en las faenas de salida la dotación de algunos buques, entre los que se distinguió la de la nave «Capitana», al grito de ¡Pagal! ¡Pagal sin que el nuevo General ni el Capitán de los sublevados y famo-

(1) «Documentos para la historia de la Provincia de Santander»; m. s. Bibl. Munic., t. II.

so marino Sancho de Arciniega (1) hicieran grandes esfuerzos para reducirlos, suspendiéndose la maniobra y la salida indefinidamente.

A partir de este incidente la desbandada se hizo general, y para colmo de males, violento temporal que descargó a los pocos días, maltrató seriamente a muchos barcos, perdiéndose uno de 1.000 toneladas y sufriendo averías muy grandes el navío «Capitana» de Arciniega, con lo que acabó de consumarse la dispersión de la flota.

En el siguiente año de 1575, consta haber arribado a los puertos ingleses dos flotillas españolas de paso para Flandes, bajo el mando de los mismos Valdés y Arciniega; por lo que bien puede suponerse fueran salidas de Santander y compuestas por unidades de la primitiva flota. Por cierto que provistos los jefes de sendas cartas de Felipe para su cuñada Isabel, fueron muy bien atendidos por las autoridades inglesas, y al comenzar el 76 sólo quedaban en el puerto dos naos, dos zabras y dos pinazas, con 209 marineros y 519 soldados; fuerzas que al cargo de Rodrigo Adán de Zubieta se destinaron a la guarda de la costa. De todo y de ascender los débitos a más de cinco cuentos de maravedís certificó el visitador don Fernando de Sandoval. Miseras reliquias del poderoso conjunto, que destinado a cambiar la faz del mundo contempló Santander en aquel infelicitísimo verano de 1574.

#### APÉNDICE 1.º

Relación de la epidemia hecha en forma dialogada entre un vizcaíno y un montañés, existente en un m. s. guardado en la Biblioteca del Palacio Nacional en Madrid y citado por F. Duro en «Disquisiciones Náuticas», «Arca de Noé».

\* \* \*

«Montañés..... y yo me acuerdo de algunas considerables, que habiendo en los puertos de Santander cuando el Adelantado Pedro Melen-

(1) Este mismo Arciniega elevó al Rey en 1578 un memorial o «Discurso de lo que S. M. debe mandar en la costa de Vizcaya para que haya número de naos y navíos en aquellas costas» y en la que no se muestra como fiel guardador de la buena-memoria del Adelantado, al que censura sañudamente, haciéndole responsable de las demoras sufridas por la Armada en Santander, al construir los cascos que aquí se hicieron conforme a las características que Menéndez impuso, y a cuyo retraso achaca el fracaso de la expedición. Esta ingrata correspondencia unida a ser su buque el sublevado cuando Valdés quiso salir, hace sospechoso su proceder como leal subordinado en el importante cargo que desempeñaba e incurso en alguna de las banderías que contra Menéndez se levantaron. El memorial le copia F. Duro en «Armada Española», t. 2.º, apd. 6.º



dez de Avilés juntó en aquel puerto por mandado de S. M. Phelipe II, que está en el cielo, una gruesa armada y en ella más de diez mil hombre y aunque el puerto es bueno el lugar es muy corto y apretado para tanta máquina. De estas apreturas o de otros accidentes se congeló una enfermedad que se tuvo por peste; pero lo cierto es que fué *tabardillo coruto*, con que murieron más de tres mil hombres, la mayor parte por falta de hospital capaz de recibir en él cantidad de enfermos, por no haberle de S. M. en esta villa ni de ella más que uno con diez camas para los pordioseros que pasan por ella: y como no había comodidad en tierra se hicieron hospitales en la mar en dos galeones donde se recogían y como el puerto era incómodo contra nuestra naturaleza eran raros los que escapaban de los que allí iban. Llegó a tal extremo que habiendo muerto la gente que digo entre ellos el buen Adelantado Pedro Melendez, pérdida la más considerable que entonces se pudo ofrecer por ser la persona más capaz y de más servicio que tenía nuestra España, se deshizo la Armada yendose cada uno por donde quería, unos con licencia y otros sin ella.....»

#### APÉNDICE 2.º

Con fecha 11 de septiembre, informa el Licenciado Martín Ruiz de Olalde, médico de la Armada, sobre la enfermedad que aqueja a Menéndez en la forma siguiente:

«Ilustre Señor: El mal que al señor Adelantado sucedió, tubo origen y fundamento en las indigestiones del estómago las cuales ay en abundancia en él, así por ser él poco guardado de los mantenimientos contrarios como por la flaqueza particular que ay en el dicho estómago. En estas indigestiones hubo corrupción, y de esta corrupción y pensamientos y trauajos que ay en el dicho Adelantado ascendieron vapores corruptos y dañosos para los espíritus animales, los cuales están en el çelebro y así como hubo este ascenso de los vapores corruptos, causó el ascendi-miento de ellos grauedad del çerebro juntamente con dolor.

»Entendido esto y también visto que no sallía bien de su persona fuí de parecer el darle un clyster de cozimiento de flores cordiales y ma-luas y en el cozimiento se mezcló caña fistola y açucar negro y su poquito de sal y tres dracmas de electuario indo, con el qual sallió ocho o nueve veces y cesó al dolor totalmente.

»Visto esto y que siempre se reuolvían los intestinos también fuí de parecer en darle dos honças de maná ocsehecha en cozimiento de sen, pues estaba el cuerpo preparado con miel rosada conforme a la sentencia

de Hypócrates, y dile miel rosada por las dichas indigestiones y también porque estaua tocado de un poco de romadizo y tos.

»La maná mandé dar en cozimiento de sen, porque con esto hauía alguna manera de tristeza, la qual no se puede verdaderamente llamar melancholía, ni la una ni la otra porque solamente es tristeza que procede de algunas ocasiones y disgustos y no es cosa notable: esto me parece en lo que hasta aquí he visto en el dicho señor Adelantado.

»En cuanto a la fiebre digo que no ha hauido hasta agora cosa notable, sino solamente hubo una poquita de alteración después de tomado el clyster, por aquella rebolución que hubo en el cuerpo y ha mostrado con aquella rebolución calor en la vrina, con buena digestión: pero sobre la purgación con la maná, me parece estar más clara algo la vrina con la perseverancia de su digestión y si hubiera adelante demostración de calor en la vrina conformándome con el pulso, seré de parecer de que se haga alguna fleuotomía, aunque el dicho señor Adelantado ha reusado y creo a ser posible la reusará.—El Licenciado, Olalde».

\* \* \*

El día 13 y acompañado de sus colegas los también licenciados Santa Cruz y Cerezeda, éste médico y vecino de Laredo, extienden otro parte:

«La enfermedad del señor Adelantado es una fiebre pestilencial, la qual procede y aflige continuo, sin crescencia ni decrecencia y con mentís, alucinaciones y con inquietudes y desasosiegos interiores y con sospiros lauoriosos y con gran postración de virtud, y con sus pecas de tauardillo de diferentes colores en las espaldas y pechos, y con postración de apetito; y esta es la enfermedad esencialmente y es la que comunemente en esta Armada anda continua de la qual se an muerto muchos.

»Los remedios que aquí se an usado son los que la arte dispone, mirándolo y estudiándolo bien, de los cuales se dará quenta quando fuere necesario a quien quisiera sauerlo. El está conforme a la computación que se halla en medicina en semejante caso. En el sexto día, y ba a entrar en el séptimo, no ha hauido indicación ni terminación crítica, otra, sino esta; y esto es lo que se entiende del ser de esta enfermedad hasta aquí.—El Licenciado, Santa Cruz, Cerezeda; el Licenciado, Olalde». («La Florida, su conquista y colonización»; t. II).

#### APÉNDICE 3.º

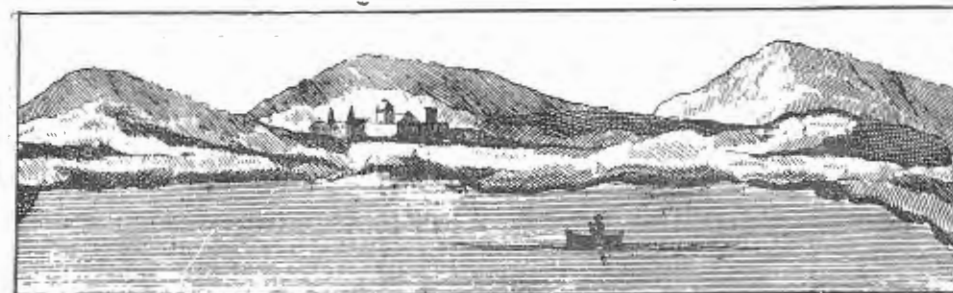
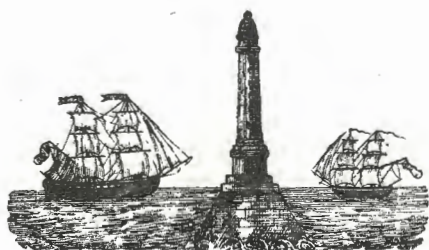
El día 15 de septiembre adicciónó Menéndez por medio de dos codi-cilos, su testamento original hecho en Sanlúcar de Barrameda el 7 de



marzo del mismo año. Legalizó ambos documentos «el Escribano de S. M. é del número de los de Santander, Pedro de Ceballos, ante los testigos de yuso escriptos, Fray Juan de Madariaga, Guardián del monasterio de Sant. Francisco de Santander, y el licenciado Martín Ruiz de Olalde, médico vecino de la villa de Portugaleta; é Gabriel de Untoria, Boticario de la Armada, vecino de la villa de Llanes; Maestre Andrés de Larraguti, cirujano de dicha Armada é Martín de Villachica, vecino de Cádiz; todos los que a más del otorgante le firmaron». El segundo instrumento le autorizaron con su presencia el licenciado Cerezeda, Martín Ruiz y Martín de Villachica. Deja por ellos una manda de 400 ducados de oro «para misas e sacrificios en la Iglesia Colegial de los Cuerpos Santos de la villa de Santander y en el monesterio de Señora Sancta Clara.... y por sus cavezaleros para cumplir é pagar este y otros legados al Señor Don Diego de Maldonado y a Juan Menéndez de Ricalde (?) y a Juan de Escalante; vecinos y estantes en la villa de Santander y Vilbao, é Luis González de Oviedo, vecino de Oviedo, é Hernando de Miranda, mi hierno, vecino de Avilés».

En él se dice que «fué fecho é leído é otorgado estando en la *cassa é sitio que dicen de Hano* jurisdicción de la dicha villa de Santander», indicación preciosa que nos ilustra acerca de la morada donde adoleció el Adelantado.

#### GERMÁN DEL RÍO



## LOS REGALOS EN LA HISTORIA

El regalo, que modifica la expresión del semblante, que convierte lo zafio en jovial, lo áspero en suave, la descortesía en saludo atento. El regalo, que ablanda durezas hurañas, que hace arena de las piedras, sonrisas del enfado, contento del llanto, humildad del orgullo.... Sutileza de filosofía popular en los refranes: dale pienso y correrá; unta el eje y andará el carro; siembra la mies y tendrás panojas; llama con oro y verás cómo responden; dádivas quebrantan peñas; el din, din de la plata es la mejor música y la mejor campana; salta la moneda y se acabó la veda; da los reales y serán tuyos los niales. Sedimentos de la experiencia de muchos siglos en lo escueto de una sentencia, que a la vez que un consejo es un fustigazo violento a ciertas costumbres de la vanidad, de la avaricia, del melindre, de la desvergüenza. Por encima de la historia pasa el regalo como un prestigioso torcedor de temperamentos y de leyes. Y sigue la filosofía sencilla y buena del refranero: bolsa de ducados, regidores doblados; dame maravedises y lo ví, si no, no lo ví; habla palabras de plata y no se oirá el cobre. Culpas caracteres abatidos, recatos rotos, ambiciones malogradas, orgullos hambrientos, bellaquerías exaltadas como agudezas, vicios lisonjeados como virtudes. Todas las picardías, todas las prevaricaciones, todos los desafueros de la conciencia, sintetizados en unas palabras que avisan, que advierten como hitos de filosofía en el campo moral del mundo.

La Montaña era entonces un folk-lore viviente, ancho, naturalísimo, como una expresión vital, espontánea, imprescindible en las ansias del regocijo agrario. El folk-lore literario de hoy con menos adorno, con menos trampas, con menos inocencia, con menos telas bermejas. Y la Montaña estaba acongojada por los regalos que salían de sus corrales, de sus gallineros, de sus bosques, de sus ríos, de sus bodegas. Toda la



dinámica administrativa de la época tenía estatismo, pereza o prisa, según el estímulo de los obsequios. Regalos por asuntos de puentes, de montes, de cierros, de ágreos, de arbitrios, de desmanes. Regalos que eran como la maquila insaciable de todas las cosechas, de todas las vendimias, de todas las redes, de todos los butrones, de todas las cetrerías. No había «harina para almorzar y tenía que haber para regalar.....»

Se han reflejado la costumbre, el vocabulario, la ortología, la leyenda, las creencias mitológicas. Las otras características más esenciales de las raíces populares; la historia del desenvolvimiento social, las que se desprenden del trabajo, de las inquietudes colectivas, de las mieses, de las majadas, no han llegado a unas páginas claras, amorosas exactas. La gente de ahora conoce, por ejemplo, el rosqueo de un baile o las costumbres malvadas o buenas de un mito. Pero desconoce el tipismo genuinamente histórico, los diversos modos éticos, los relieves más transcendentales de nuestra etnografía, lo que deja huellas más hondas y perennes. Muchedumbres con perfiles folk-lóricos. Lo otro, el espíritu, los perfiles sociales, permanecen polvorientos en archivos, en ordenanzas, en leyes muertas.

Nosotros estamos repasando unos viejos papeles. Son las cuentas que los procuradores de los Nueve Valles rendían al cesar en el cargo. El regalo es elemento imprescindible de estas cuentas, como los impuestos, como los gastos, como los frascos de tinta. En las sesiones de las Juntas los representantes de los pueblos acuerdan hacer espléndidos obsequios a guisa de diligencia eficazísima para solucionar un asunto. Estos viejos papeles tienen un color de vergüenza. Su aspereza es como la sensibilidad de la vieja burocracia. Jueces de residencia, Comisiones especiales que pasaban por aquí con unas alforjas profundas. Pleitos y reclamaciones en las Chancillerías. La Junta se reunía; la Junta acordaba hacer regalos porque no había más remedio que hacerlo así para que las ansias de justicia o de prosperidad no continuaran llorando en los caminos morenos de la borona. «Cincuenta reales que se dieron al administrador de sisas y servicios para que moderase el tributo». Los labradores se rompen la crisma; los pobres hidalgos llevan la capa bisunta; pero a un tal don Miguel García, juez de S. M., que vino a estos valles para un asunto de cierros, hubo que darle cien ducados. Y venga de trabajar los labriegos y de ayunar los hidalgos y de arrastrar pozas los pastores y de hilar las viejas y las mozas. Echar con cautela el aceite en el candil picudo, aprovechar un grano insignificante, quejarse de las maquilas del molinero, cortar con muchísimo tiento del abadejó, del tocino, de la borona. Haced todas estas cosas, soportad estos sacrificios, sed parcós, encogidos en el gastar, para que después venga un juez de S. M. y os lleve cien ducados.

Cierta jurisdicción sostenía un agente en la corte para que informara del estado de los asuntos. El tal agente escribía a los buenos regidores montañeses: «Al relator y abogados es forzoso regalarles; todos los días me preguntan que si hay salmónes, que es tanto como pedirlos». Siempre hay el puntito de algún lucero en las tinieblas. Un procurador que hizo un viaje a Laredo para recabar ciertos beneficios, se extrañaba de no haber querido el corregidor ningún regalo. (¿Sería este hombre honrado don Sebastián Hurtado de Corcuera?). Un caballero montañés reside en la corte. Al caballero se le recomienda un importantísimo asunto. (¿Las nuevas pretensiones del duque del Infantado acerca del señorío de los Nueve Valles?). La contestación del caballero dice así: «Es menester que se despache persona con un regalo a la condesa de Castrillo y pedirle una carta muy apretada para el señor presidente, su marido, que la dará, y no hay que poner en duda que nos hará justicia y toda merced. No hallo otro camino más seguro, porque el conde hace todo lo que le pide su mujer, (¡Tate, tate, con la condesa!) y viendo el regalo dará la carta». Justicia y merced, pero antes el regalo. Retintinean los martillos en las fraguas, rumorean los dalles, los mazos, los molinos. Los hombres que producen estos ruidos fecundos piden justicia. Y la justicia no quiere llenar de gracia a un pueblo. Hay que hacer un regalo a la condesa. Sino no hay merced. Los problemas, las inquietudes, los derechos de una provincia, bajo el capricho de una señora que domina a su marido. En la política española ha habido muchos condes y muchas condesas de este arte.

Las jurisdicciones se querellaban silenciosamente de estas abrumadoras cargas. Una de las razones de más fuerza que se alegaban al solicitar la supresión de la residencia para los corregidores, era la de que sólo servía para sacar a los pueblos cuantiosas sumas en mantenimiento y obsequios.

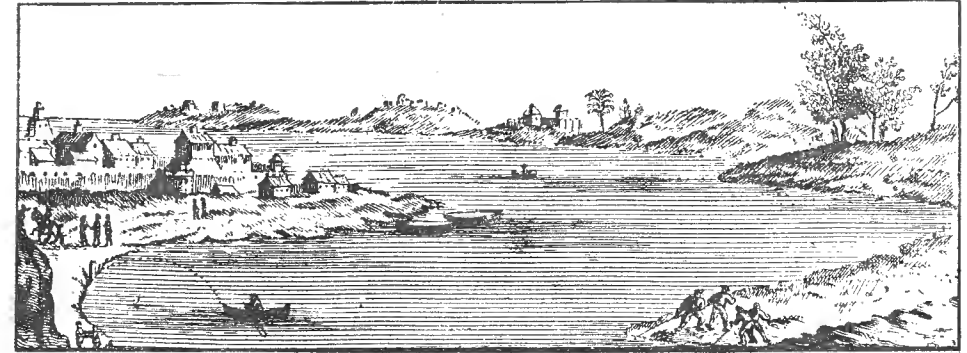
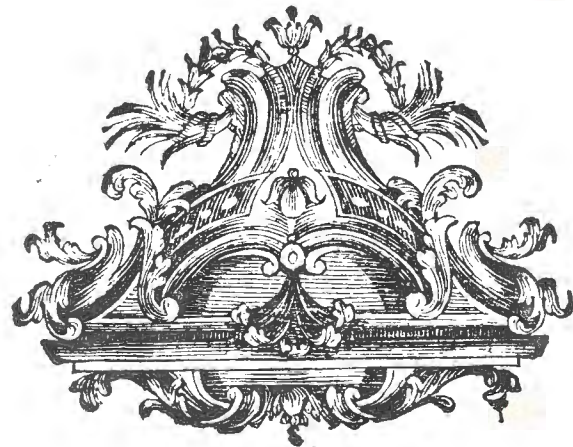
Año de 1740. Inglaterra pretende arrojar a los españoles de sus posesiones de América y el almirante Vernon saquea Porto-Cabello. Un grito de furor resuena en toda la península. Se manda salir del reino a todos los ingleses. Hacía poco que se había autorizado al santero de San Julián, de Liendo, para pedir limosna a treinta kilómetros a la redonda. Tanabién regalos para los santeros. Algunos debían de ser muy pícaros, como los relatores, los condes, las condesas, los marqueses de las cuentas de los Nueve Valles. «La ermita no tiene tejas y el ermitaño, rebaños de ovejas». Pues en este año de 1740 visitó la Montaña el juez de baldíos. Sería un señor mazorrall, desabrido, con cara de impertinente. Por llegar hubo que regalarle dos salmónes, media arroba de chocolate, ocho libras de bizcocho, seis gallinas, vino. En días sucesivos otros dos salmónes, truchas, anguilas, escabeche de besugo, quince garrafas de chacolí



de cinco azumbres cada una. Entonces había prósperos viñedos en Santillana, en Novales, en Ruiloba. El juez de baldíos volvió a la corte, y al marchar hubo que regalarle otra arroba de chocolate, ocho libras de dulces, unas medias y dos pañuelos de seda, diez gallinas, un queso de Flandes, un jamón cocido, una gran bota de vino blanco. Importó todo 4.163 reales.....

Los labradores se rompían la crisma. Los hidalgos tenían la capa cada vez más bisunta.....

MANUEL LLANO



## EL MARQUÉS DE CASA-CAGIGAL PRÓCER DE LAS ARMAS Y DE LAS LETRAS

### I

Con el propósito de recordar a una figura prócer de la milicia y de las bellas letras, enaltecedora de la Montaña, vamos a intentar bosquejar un estudio biográfico del preclaro general y poeta que fué el cuarto marqués de Casa-Cagigal.

Pocos son los datos biográficos y bibliográficos que nos ha sido dado adquirir respecto a este ilustre montañés, figura preeminente de las armas y de las letras en los primeros lustros del siglo XIX, pero ellos son los suficientes para formar juicio acerca de la valía del que no pretendemos ni podemos hacer otra cosa que escribir un bosquejo biográfico.

El insigne marqués de Casa-Cagigal, como otros muchos preclaros hijos de la Montaña, supo manejar tan gentil y heroicamente la espada durante la guerra de la Independencia, como galana y brillantemente la pluma en los ratos de ocio que le permitían sus deberes militares.

Desde aquel peregrino ingenio que se llamó don Íñigo López de Mendoza, primero en ostentar los títulos de marqués de Santillana del Mar y conde del Real de Manzanares, hubo de ser algo frecuente el caso de que el valor y el ingenio hermanaran a las armas con las letras.

El marqués poeta, tan famoso en unas como en otras y al que los aldeanos de Asturias de Santillana hubieron de dar el sobrenombre de



«el marqués de los Proverbios», aunque nació en Carrión de los Condes el año 1398 y murió en Guadalajara en 1458, fué hijo de «aquella fiera y arrogante rica hembra montañesa» doña Leonor de la Vega, y como montañés él mismo hubo de considerarse.

El primer marqués de Santillana se retiró a sus estados de la Montaña en 1434, y en la histórica villa de su título compuso algunas de sus más célebres serranillas y escribió varias de sus famosas obras.

Garcilaso de la Vega, perteneciente al preclaro linaje que tuvo su solar en la Torre de la Vega, valeroso y heroico hombre de armas y tierno e inspirado poeta, fué otro nieto de la Montaña que enalteció a la noble tierra de sus progenitores.

Don Juan Manuel de la Pezuela y Ceballos, primer conde de Cheste, continuó la tradición de hermanar a la espada con la pluma. Hijo del ilustre general montañés don Joaquín de la Pezuela, marqués de Viluma y penúltimo virrey del Perú, nació en Lima el 16 de mayo de 1810, fué capitán general de los ejércitos españoles y director de la Real Academia de la Lengua, y a los 94 años de edad aún escribía versos como estos:

Falso honor, no virtud, es dar la vida  
por leves causas de altivez herida.

Castiga Dios a quien perece en duelo;  
quien muere por la Patria sube al Cielo.

Después de los nombres de estos preclaros «nietos de la Montaña» acuden a los puntos de la pluma los de gran número de montañeses ilustres, que tanto renombre lograron en las armas como en las letras.

Bernardino de Escalante, hijo insigne de la villa de Laredo. Peleó al lado de su padre el ilustre general don García de Escalante en las campañas de Flandes, y fué autor de las famosas obras *Navegación de Oriente* y *Noticias de la China* y *Diálogos del Arte Militar*, que le han inmortalizado como gran estilista.

Don Félix de la Cavada, del linaje de los condes de las Bárcenas, héroe de la guerra de la Independencia y notable literato, que en 1820 escribió y leyó en el Ateneo de Madrid la primera Memoria leída en aquella docta casa.

Don Joaquín Ibáñez de Corbera, general de la Armada y autor de algunas obras notables sobre la riqueza forestal y las ferrerías de la provincia de Santander.

Fué Ibáñez de Corbera, comandante de la Marina y Tercio de la misma, y redactó en 1831 un estado de los árboles existentes en nuestra provincia, según el cual se elevaban a 70.882.256 los que medían de veinte a cuarenta pies de altura.

Durante el tiempo en que Ibáñez de Corbera fué conservador de montes de la provincia de Santander no hubo de conceder permiso para cortar árbol alguno si antes no se justificaba que habían sido plantados tres.

Don Manuel de Cortázar y Varela, brigadier y notable publicista, fallecido en Santander, su ciudad natal, el 9 de abril de 1882.

Don José García Velarde, teniente general y autor de varios trabajos históricos y literarios, fallecido en su finca de Peña-Castillo el 31 de enero de 1895.

Don Joaquín de Bustamante y Quevedo, muerto heroicamente en Santiago de Cuba en 1898, general de la Armada e ilustre escritor científico.

Don Juan Manuel García Lomas, preclaro hijo de Molledo, general de ingenieros y publicista.

Don Matías de Lamadrid y Manrique de la Vega, ilustre hijo de la villa de Potes, donde murió el 24 de mayo de 1870. Combatió a los franceses al lado del heroico e infortunado general Porlier y dejó escritas varias obras notables.

Don Juan Francisco de Mogrovejo, también ilustre lebaniego, coronel y jefe que fué del regimiento provincial de Laredo. Escribió trabajos muy notables sobre cuestiones económicas.

## II

El feudalismo primero, las órdenes religiosas posteriormente y las costumbres en todos los tiempos, dieron origen en la Montaña a los apellidos geográficos.

El dominio de la tierra y la práctica de la regla de añadir, al ingresar en el claustro, al nombre patronímico el del lugar en que naciera el que a las pompas y vanidades del mundo renunciaba, hicieron que los nombres de villas, lugares, aldeas, barrios y hasta caseríos de la Montaña en apellidos quedasen convertidos.

Cuando la entidad de población que por apellido se tomaba era de escasísima importancia, se añadía el de la ciudad, villa o lugar más próximo. Ejemplo de lo que decimos son los insignes prelados, hijos de Peña-Castillo, que han inmortalizado los apellidos de Adarzo y Santander, que adoptaron al ingresar en el claustro (1).

(1) Estos virtuosos y sabios varones fueron hermanos y seguramente que al profesar recordaron el barrio en que nacieron, situado frente a Peña-Castillo y primera estación o apeadero de la línea del Cantábrico, en esta forma *Adarzo (Santander)*; pero sus biógrafos les designaron en la forma que queda indicada. En el *Espasa* aparecen designados por Adarzo y Santander.



También dió origen a gran número de apellidos el de designar a los que solares y tierras poseían, por cualquier circunstancia característica que unos y otras ofrecían.

Así, indudablemente, tuvo origen el apellido *del Cagigal*, por estar emplazado el primitivo solar en paraje poblado de *cagigas*.

Como en los pueblos de la Montaña se da vulgarmente la denominación de *cagiga* al roble, *cagigal*, viene a resultar equivalente a *robledal* o lugar poblado de robles (1).

Desde luego, de lo expuesto se deduce que los apellidos montañeses *del Cagigal*, de la *Cagiga* y de las *Cagigas* tienen un mismo origen.

El linaje de los «*del Cagigal*» tuvo su primitivo asiento en la casa solariega que se alzó en el barrio de Raigada, en el lugar de Hoz de Aneró, conocida desde antiguo por el *Palacio de Raigada*.

Este nobilísimo solar adquirió gran lustre y renombre en el siglo XVIII, merced al gran número de varones preclaros a él pertenecientes que en la noble profesión de las armas ilustraron sus nombres.

«Habrà muy pocas familias en España, es posible que no haya ninguna —dice un benemérito escritor montañés— que cuente tantos ciudadanos ilustres como la de Cagigal. Y cuéntese que todos los títulos, honores, recompensas y recomendaciones se los debieron a sus méritos, pues en lo que respecta a los militares, todos ellos o sellaron con su sangre las páginas de su gloriosa historia o murieron en el campo del honor defendiendo la honra y los derechos de la Patria, o se colocaron a fuerza de méritos en los primeros puestos de sus distinguidas carreras» (2).

El linaje «*del Cagigal*» fué tan fecundo en generales, que tan sólo en el siglo XVIII produjo ocho tenientes generales, entre ellos el primer marqués de Casa-Cagigal, varios mariscales de campo y no escaso número de brigadieres.

En una biografía del ilustre general don Francisco del Cagigal de la Vega, impresa a principios del año 1764, se hace constar lo que a continuación transcribimos:

«Se recomienda que la familia se ha distinguido siempre en el amor y lealtad con que han servido al Rey muchísimos de ella, obteniendo los primeros Empleos y Grados, así en lo Político, en que ascendido a los de Arzobispo y Gobernadores del Consejo de Castilla, como en lo Militar, en que su tío don Antonio de la Vega y su hijo el marqués de la Vega han obtenido el de Tenientes Generales; y otros dos hijos el de

(1) Cuando la *cagiga* o roble adquiría grandes proporciones, entonces en la Montaña, se masculinizaba la denominación. El célebre *Cagigo del Cubilón*, verdadero monumento forestal, fué el más gigantesco que hubo en la provincia.

(2) José Antonio y Alfredo del Río, *Marinos ilustres de la provincia de Santander*; biografía del general de la Armada don Felipe de Jado y Cagigal, pág. 305.

Coroneles en que murieron en el Real Servicio; lo que asimismo ha acontecido a sus hermanos el marqués de Casa-Caxigal, Teniente General de los Reales Ejércitos, a don Gaspar Caxigal, Mariscal de Campo, Gobernador de Ciudad-Rodrigo y Comandante General de la Provincia de Castilla; a don Pedro y don Manuel, que falleció el primero antes de la pérdida de Orán, y el segundo en la segunda Guerra de Italia. Actualmente sirve su hermano don Joseph de Coronel de Regimiento de Nobles Milicias de Laredo, y en distintos Cuerpos diferentes sobrinos carnales y el mayor marqués de Casa-Caxigal, Brigadier de los Reales Ejércitos y actual Gobernador de la Plaza de Santiago de Cuba. Un hermano de éste, Coronel del Regimiento de Infantería de Asturias, habiendo muerto otro Capitán de Granaderos en la Batalla de Plasencia en la que, y en las diversas funciones de la Guerra de Italia, tuvieron el mismo honor otros diversos sobrinos y primos hermanos, con los grados de Capitanes y Subalternos, de cuya clase actualmente se hallan en distintos Regimientos de Infantería y Cavallería en el Ejército de España más de diez y seis: Y así mismo otros dos sobrinos en la América perdieron gloriosamente la vida: el primero don Fernando Caxigal, en el año 1748, que con su Compañía de Granaderos se destacó desde la Plaza de La Habana para ir de refuerzo en el Navío de la Africa, Comandante de la Escuadra que mandaba el Teniente General don Andrés Regio, con la que atacó a la inglesa del cargo del Almirante don Carlos Knowles; el segundo el Alférez de Fragata don Juan del Rutón Caxigal, nieto del Teniente General marqués de Casa-Caxigal, la perdió en la Brecha del Castillo del Morro en La Habana, cuyo puerto defendió hasta el último aliento, quedando entre las Bayonetas de los Enemigos, en el año próximo pasado de 1762».

### III

Ampliando las noticias biográficas de los preclaros varones del ilustre linaje «*Del Cagigal*» en el que pareció vinculada la carrera de las armas, sobre todo en el siglo XVIII, vamos a exponer con gran brevedad algunos datos más.

El erudito e infatigable cronista don Mateo Escagedo Salmón, recientemente bajado al sepulcro, confirma las noticias que ya constan en la biografía del insigne general don Francisco del Cagigal de la Vega, y recuerda que el ilustre teniente general de la Armada don Felipe de Jado Cagigal, uno de los héroes de Trafalgar, perteneció también al esclarecido linaje montañés (1).

(1) *Cien montañeses ilustres*, Torrelavega, 1917, pág. 46.



Don José Antonio del Río también escribió una extensa biografía del general Jado Cagigal (1) y nosotros en una obra que escribimos en los primeros años de nuestra juventud, también dimos apuntes biográficos acerca de los «Del Cagigal» ilustres (2).

La guerra a que dió lugar el empeño de Felipe de Anjou, conocido en la historia por Felipe V y con el que dió comienzo en España el reinado de la Casa de Borbón, y las aspiraciones del archiduque Carlos de Austria, pues ambos pretendían sentarse en el trono de San Fernando, hizo que la mayor parte de la juventud española tomase parte, voluntariamente, en la contienda defendiendo la causa del primer Borbón.

Entre estos jóvenes voluntarios hubo de figurar don Fernando del Cagigal, a quien Felipe V al ocupar el trono premió con el título de marqués de Casa-Cagigal.

Don Fernando del Cagigal de la Vega, que llegó a las más altas jerarquías de la milicia, falleció en 1756.

El segundo marqués fué su hijo don Fernando Alberto del Cagigal y Solís, Caballero del hábito de Santiago, brigadier y gobernador de la isla de Cuba, que dejó de existir en La Habana el año 1771.

El primer marqués de Casa-Cagigal, que fué teniente general, nació en Hoz de Anero, en la ya citada casa solariega que los de su linaje tuvieron en el barrio de Raigada, conocida por el *Palacio de Raigada*.

En este palacio nacieron, entre otros varones ilustres, don Francisco Antonio del Cagigal de la Vega, venido al mundo el día 5 de febrero de 1695, y que entregó su alma a Dios en el mismo Hoz de Anero el 30 de abril de 1777.

Un biógrafo suyo le hace hijo de los condes de Cagigal (3). Dedicado a la carrera de las armas desde los primeros años de su juventud, llegó a teniente general y ocupó, entre otros elevados cargos, los de capitán general de Canarias, presidente de la Real audiencia de Venezuela, gobernador de Santiago de Cuba y virrey interino de Méjico.

Don Juan Manuel del Cagigal y Monserrate, hijo del anterior, también nació en Hoz de Anero. En 1766 se distinguió en la campaña de Orán, al frente del regimiento del Príncipe, creado a expensas suyas y de su ilustre padre, y en 1776 en la expedición de Argel.

Un año más tarde, o sea en 1777, se sumó a las tropas que a las órdenes del insigne general don Pedro de Ceballos, oriundo del valle de Cabuérniga, se dirigieron contra Buenos Aires y por su comportamiento en aquella campaña fué promovido al empleo de brigadier.

(1) *Marinos ilustres de la provincia de Santander*, obra impresa en 1882.

(2) *Plutarco Montañés*, Santander, 1899, tomo 1.º

(3) Este es un error debido sin duda a una confusión del autor de la biografía, puesto que el título de conde de Cagigal no ha existido nunca.

En 1780 obtuvo el nombramiento de teniente general, y en 1782 ocupó la capitanía general de la isla de Cuba.

Del mismo nombre fué otro general ilustre, nacido en 1759 y nombrado en el año 1816 teniente general. Desempeñó las capitanías generales de Cuba y de Venezuela, y falleció en Guanabacoa (La Habana) el 26 de noviembre de 1823.

Don Fernando del Cagigal, tercer marqués de Casa-Cagigal, siendo gobernador militar de Santiago de Cuba, resultó gravemente herido en el terremoto de 12 de julio de 1766, que fué de terribles proporciones, al poco tiempo falleció el marqués de Casa-Cagigal.

También ilustró su nombre en la carrera de las armas don Francisco del Cagigal, nacido en Hoz de Anero, en cuya iglesia parroquial descansan sus restos. Fué teniente general, capitán general de la isla de Cuba, presidente de la Real Audiencia de Guatemala, etc., etc.

Asimismo perteneció al esclarecido linaje que tuvo su solar en Hoz de Anero, un insigne cantante, don José del Cagigal y Calderón, célebre tenor nacido en 1813 y que perteneció a la Capilla Real. Durante su brillante carrera artística hubo de cantar en los principales coliseos de Europa y América, obteniendo triunfos muy señalados y conquistando justo renombre.

#### IV

El marqués poeta, prócer de las armas y de las letras, a manera que lo fué el famoso «marqués de los Proverbios» el insigne don Íñigo López de Mendoza, heredó, con gran lustre, a la espada con la pluma.

Don Fernando del Cagigal fué el cuarto marqués de Casa-Cagigal, y como la de otros muchos preclaros montañeses su biografía está aún por escribir.

Pocos son los datos que respecto a este heroico general y brillante literato nos ha sido dado adquirir, pero son los suficientes para trazar la silueta del insigne montañés, bien acreedor por muchos títulos y merecimientos a una más extensa biografía.

El marqués de Casa-Cagigal adquirió grados y renombre durante la guerra de la Independencia, en la que demostró tanta pericia como valor rayano en la temeridad. Dos cruces laureadas de San Fernando y sus rápidos ascensos son más que suficientes para demostrar su heroicidad en los campos de batalla.

Poco después de terminada la guerra de la Independencia el cuarto marqués de Casa-Cagigal obtuvo el nombramiento de teniente general.



Desempeñó entre otros muchos elevados cargos, la capitanía general de Canarias.

Estuvo casado con la ilustre dama doña Bárbara de Riudelán, perteneciente a antigua y noble familia que también ilustró su linaje en la carrera de las armas. Nació de este matrimonio una hija, doña Felipa del Cagigal y Riudelán, quinta marquesa de Casa-Cagigal, que a mi ver contrajo matrimonio con su próximo pariente don Juan de Riudelán, que también llegó a ceñir la faja de teniente general.

Como hombre de letras, el marqués de Casa-Cagigal cultivó los géneros más diversos. Fué inspirado poeta, elegante prosista, autor dramático y tratadista militar.

Demostró su valía como fácil y elegante versificador con un tomo de composiciones que vió la luz en Barcelona el año 1817 con el título de *Fábulas y romances militares*.

En este tomo figura la siguiente fábula, que transcribimos en demostración de las dotes literarias de su ilustre autor:

#### EL LEOPARDO Y EL MONO CONSEJERO

Un leopardo estudioso y respetable en el Asia habitaba y, venerable, era primer ministro y consejero un monazo discreto y muy sincero.

El leopardo mandaba en soberano, y dicen que era dulce y aun humano; sin embargo, parece que engullía al pobre etíope que atrapar podía.

Dijéronle que negros y europeos se hallaban con grandísimos deseos de mutilar su testa coronada, por vengar tanta carne devorada.

La gran conjuración temió el leopardo, y, al alivio y remedio nada tardo, a su primer ministro, en quien confiaba, el disgusto contó que le aquejaba y pidióle a tal mal grave consejo.

El mono, tan prudente como viejo, haciéndole una venia respetuosa, dijo al leopardo: «Gran señor, no es cosa que debe despreciarse. El descontento

es general; pero es sin fundamento, porque siempre la plebe aumenta mucho.

Mas mi voto diré: Todo aguilucho, cuadrúpedo o reptil, que esté alistado y a vuestro sueldo sirve de soldado, ha de llenar la andorga diariamente; mas se debe añadir un ingrediente, que es diversiones muchas, generales, según el genio y clase de animales.

El que contento está, de salud goza; no piensa en revolver quien se alborozó, y aun los males se olvidan prontamente cuando la distracción no lo consiente».

El mono repitió la cortesía, y, convencido el Rey, le dijo: «Via (parece había estudiado el italiano) es consejo estupendo y soberano, y te mando prepares los festejos que contenten a jóvenes y viejos».

Diéronse bailes, juegos, comilonas, y el contento común a las personas impuso de tal modo a los contrarios, que entre los más furiosos hubo varios que, temiendo el contento de la tropa, resolvieron, al fin, guardar la ropa.

Militares mandones: ojo, alertal el soldado no es monje, y si despierta alegre cada día y se divierte, despreciará los chismes y aun la muerte.

Como autor dramático, el marqués de Casa-Cagigal dió a la escena, en uno de los principales teatros de Barcelona, el año 1817, la comedia *El matrimonio tratado*, que firmó con el seudónimo de *Aristipio Megareo*.

Esta producción teatral fué estrenada con tan franco y clamoroso éxito, que pocos meses después se ponía en escena por la compañía del teatro del Príncipe, de Madrid, refrendando el público el éxito logrado en el coliseo barcelonés.

Con este motivo el marqués poeta trasladó su residencia a la villa del Oso y del Madroño. Poco tardó el prócer montañés en ser conocido en los círculos literarios madrileños por su ingenio y por sus excelentes dotes de poeta.



Después del éxito alcanzado por *El matrimonio tratado*, comedia en tres actos, con la que conquistó el favor del público madrileño, dió a la escena la intitulada *Un montañés sabe bien dónde le aprieta el zapato*.

Esta comedia fué estrenada también en el teatro del Príncipe, de Madrid, el año 1818, y aunque el marqués de Casa-Cagigal pretendió ocultar que fuese el autor de la obra que tan lisonjero éxito lograra, varios periódicos al hacer la reseña del estreno hubieron de hacer constar que se debía a la brillante y experta pluma de un aristócrata montañés, y concluyeron por decir que el autor era un marqués que en los campos de batalla había logrado el empleo de teniente general, y en la escena los entorchados de capitán general.

Y como quiera que las cuartillas se van amontonando en proporciones tal vez excesivas, vamos a dar por terminado nuestro trabajo apuntando unos cuantos datos más.

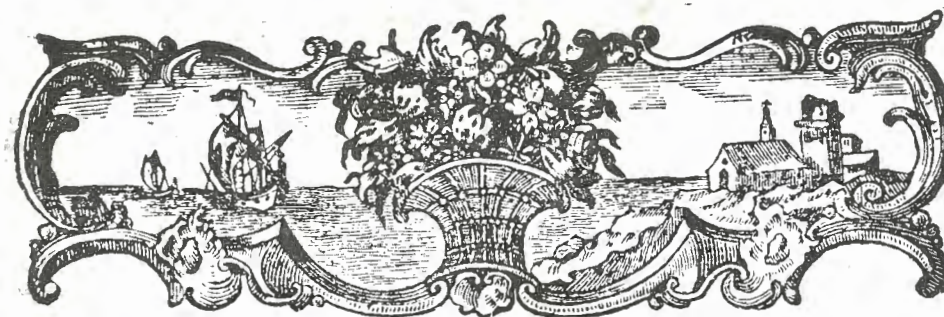
El ilustre marqués de Casa-Cagigal hubo de firmar unos trabajos literarios con dos seudónimos: el ya citado de *Aristipio Megareo* y el de *Gil Gaca*.

Con el primero firmó, entre otras varias obras, la comedia *El matrimonio tratado*, escrita como ya queda indicado en 1817, y *La sociedad sin máscara*, impresa en Barcelona el año 1818.

El seudónimo *Gil Gaca*, anagrama de su apellido, le empleó para firmar *Visita de atención al teatro barcelonés y a sus empresarios*, impresa asimismo en Barcelona en 1817.

El ilustre general y brillante literato montañés falleció en Barcelona el año 1822.

ANTONIO DEL CAMPO ECHEVERRÍA



## VERSOS INÉDITOS

### ANCLAS ABANDONADAS

Pobres anclas,  
en la orilla del puerto abandonadas,  
como en dulce sopor estáis dormidas,  
pobres anclas, cansadas  
de la vida

Vosotras  
conocéis el fondo de los mares,  
en él asegurabais los vapores;  
vosotras  
perdidas en todos los lugares  
con el mar tenéis vuestros amores.

Pobres anclas  
hastadas de la vida,  
en un rincón del puerto abandonadas,  
pobres anclas, dormidas  
y cansadas.

### A UNA NIÑA BIEN

Era una linda señorita,  
una figura muy mundana,  
era una breve muñequita,  
de alguna fina porcelana.





Eran sus ojos soñadores,  
como mentiras de cristales,  
ellos tenían los colores  
de lo profundo de los males.

Era su pelo color de trigo,  
eran sus labios color de fresa,  
era su cuerpo, como os digo,  
el prototipo de una princesa.

Era una linda figurita,  
un sentimiento para soñar,  
era una rara muñequita  
de las que sirven para jugar.

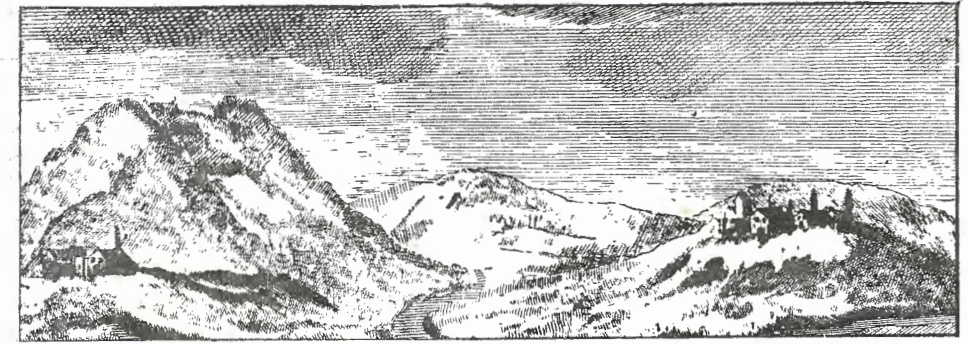
## NIEVE

Por mi abierta ventana  
veo caer la nieve,  
unos copos que van, otros que vienen.  
Veo caer la nieve  
en la mañana  
tan triste de diciembre.

Es una lluvia blanca que languidece  
al caer en el suelo, y que parece  
un llanto de tristeza  
que el cielo vierte,  
para hacer en la tierra  
una tumba de nieve.

Por mi ventana  
veo caer la nieve,  
en la mañana que el tiempo la entristece  
unos copos que van, otros que vienen,  
unos caen muy deprisa,  
otros caen lentamente.  
¡Qué tristes son los días  
de este mes de diciembre!

PEDRO ALFONSO LÓPEZ DÓRIGA



## EL TRIUNFO DE LA SANGRE

### I

Juan tenía diez años y Manuela ocho cuando ésta, al verle un día pasar frente a su huerta mirando con anhelo los frutos en sazón de la pomarada, le preguntó:

—¿Quieres una?

—Échala —había exclamado él extendiendo las manos.

Se la echó Manuela y él empleó toda su boca en zampársela. Pero sin palabras iba naciendo una amistad.

—Voy a los Bardalones, a por leche a en ca mi tía —dijo Juan en cuanto acabó la manzana.

—¿Todas las tardes vas?

—Sí.

—¿Quieres otra?

—Échala.

Echósela Manuela y Juan se fué sin despedirse.

A la tarde siguiente, cuando pasó, Manuela se encontraba en el mismo sitio, los brazos a la espalda, pero no le dijo palabra. Él cruzó despacio, mirándola mucho y protegiéndose los ojos del sol crepuscular. Ya se alejaba cuando ella le envió su sonrisa y levantando un brazo en alto, le mostró una manzana.

—¿La quieres?

Regresó Juan hacia la chiquilla y recogió la fruta. Al arrojársela, ella le dijo:



—¿Y por qué no me la pedías?

—Ya tú me la das.

—Pues cuando las quieras, me las pides.

—Todos los días, ya lo sabes.

Y todos los días, desde entonces, Manuela le tiró manzanas a Juan mientras las hubo en la pomarada.

Su desprendimiento era extraño si se analiza el origen de la chiquilla. Los Altocierros habían tenido siempre fama de barrer para adentro.

De padres a hijos se transmitía un fino estilo usurario en provecho de la casta, que prosperaba hasta elevar su clase de labradores humildes a la categoría de hacendados ricos.

Correspondía en la época de esta historia al señor Román de Altocierro, padre de Manuela, velar por el brillo de tan áureos blasones. Su mejor negocio había sido, desde luego, la conquista de una buena moza de un pueblo no lejano, de alcurnia poco florida, pero de arcas repletas, hija de un ganadero que aún había prosperado con más rapidez que los Altocierros, al cual, por cierto, no le cayeron éstos en gracia por creer interesadas las pretensiones de Román, lo que hizo más señalado la conquista de éste, pues Victoria, que así se llamaba la entonces moza, despreció por él todo reparo paternal, apelando al heroico y sabroso remedio de una fuga que resolvió la situación de modo fulminante.

Para el amor no hay barreras. Esta frase no es mía. La he plagiado y lo confieso paladinamente.

## II

Fueron pasando primaveras floridas y veranos ópimos y la amistad ingenua de Juan y Manuela rebasaba otoños e inviernos desabridos, hasta otra primavera y otro verano nuevo. Así llegaron a tener él dieciseis años y ella catorce.

Entonces fué cuando los padres de Manuela comenzaron a ver un próximo peligro en el trato de los muchachos. Peligro sobre todo porque Juan no contaba más que con su estampa para triunfar de las mujeres. De posición la más humilde —hijo de un carpintero de la aldea— comenzaría a dar pronto que decir aquella mutua simpatía, si no se hallaba un medio de desvanecerla. Sondeando la ingenuidad de la chiquilla, vieron sus padres que esto sería fácil, pues no se demostraba en ella la menor sombra de femenina malicia.

Doña Victoria se encargó de convencerla de que estaba feo que arrojara manzanas a Juan desde la pomarada: ella era ya «casi» una señorita y tenía que portarse como tal. A Manuela la pareció razonable,

halagándola aquel «casi», que era un augurio para en breve y limitó de tal manera su confianza con Juan que pronto pareció no acordarse más de él, feneciendo aquel juego de las manzanas.

Mas por entonces tuvieron que comenzar el cuído de Manuela por otras causas. Dió en adelgazar, nuncio de numerosos peligros a su edad. Se vió la necesidad de llevarla a otros aires. La bajaron una temporada a Bárcenas, donde tenía parientes su madre; la subieron después a Peñarroja a casa de otros familiares por la rama paterna; a temporadas se ponía robusta; otras enclenque. Por fin, al cabo de dos años de dudas y sobresaltos, venció su organismo aquellas vacilaciones y ya fuerte regresó al pueblo hecha una mujer.

Un día causó el asombro de sus padres cuando la vieron en la pomarada arrojar manzanas a Juan, como si no hubiera pasado tiempo en su separación, salvo en lo físico, pues ella ofrecía la gracia juvenil de una mujer recién formada y Juan era ya un mocetón espigado y de buen porte. Para don Román y doña Victoria, aquello fué un escopetazo y les pareció obvio siquiera indagar qué oculto impulso había en la acción de Manuela: don Román, expeditivo, aseguró que tenía un plan excelente, y se le expuso a su mujer.

—Hay que casarla. Sino puede darnos que hacer. Cuando estas cosas no se cortan a tiempo, nadie sabe hasta dónde llegan. Mira lo que hiciste tú.

El caso no era el mismo, a juicio de doña Victoria, lo cual halagó las canas de don Román, pero volviendo al grano, él insistió:

—Déjate, que de carne son, como éramos nosotros. Con que si pronto ha de pretender esa mocosa que las cosas sean a su gusto, ¿por qué no hemos de imponerle ahora el nuestro?

—¿Y cómo?

—¿Te acuerdas de la visita que nos hizo hace meses don Pablo de la Mar? Pues a don Pablo le gusta Manolita, ¿sabes? Solo que entonces la encontró desmejorada y no le llegó al alma. Ya hablamos, ya, de ello, entonces.

—¿Es posible?

—Lo que oyes. Con que ve preparando un viajecito a la capital.... y allá veremos

## III

Don Pablo de la Mar era antiguo amigo de don Román y unido a él por algunas relaciones de negocios, ya que entre ambos había numerosas afinidades de especie. Don Pablo recreaba su dinero en la ciudad



de modo semejante a don Román en la aldea. Era hombre de no gran estatura, representando bien los cincuenta años, pulcro en el vestir, por conveniencia, mas no por distinción, bastante calvo, cano el resto y sin gracia por lo demás.

Como don Román ha dejado dicho, ya cuando don Pablo estuvo meses antes en su casa le pareció bien Manuela y de entonces databa la idea de aquél, que había contribuido a la inclinación ponderándole la vida sosegada, tranquila, sin hipocresías ni desvergüenzas, de la aldea.

—Usted no puede disfrutar esto —le decía a don Pablo—. Solterón, entre las tentaciones de la capital..... si no anda por allí abarraganado, no será ello malo..... Así no se puede ser decente, amigo..... y no se me enfade porque le hable en plata.

—¡Qué va usted a contarme! Ya medito alguna vez sobre ello... Pero ya estoy pasado.....

—¡Pasado, usted! ¡Déjeme que me ría! Lo que es, por eso, no se le conocen los vicios. Si está en la mejor época para enyugarse con absoluta conciencia. ¡Ah, si encontrara yo dentro de poco para mi cría una proporción como usted! De seguro que se le iban a ella las murrias... y a usted la desazón de los años...

Estas insinuaciones halagaban a don Pablo y llegó a confesar a su amigo que la única razón porque continuaba soltero era el miedo a la mujer. Se consideraba poco apto para enamorar. Pensaba que la que le quisiera lo haría puestos los ojos en su fortuna y vivía ya resuelto a evadir el peligroso sacramento. Pero don Román trató de demostrarle que en ciertas mujeres no podían temerse tales causas. Y le puso por caso a su Manuela. ¿Quién podría pensar que, en su holgada posición, matrimoniara por interés?

Confiado don Román en la fecundidad de aquellas semillas, conservaba esperanzas en don Pablo. Y apenas llegados a la ciudad, faltóles tiempo, pues no habían bajado a perderlo, para visitarle.

Éste mostró gran gusto en verlos y halló a Manuela desconocida.

—¡Oh, está ya muy bien! Y no crea que este vestido es el que la hace mejor —explicó su madre con verdadera complacencia.

—¡Calla, calla! —interrumpióla don Román—. Que tú, por ponderarle los trapos eres quién de quitar a la chica sus méritos naturales. ¡Qué no está ella guapa de por sí, más que sea en camisa!

—Cuando creíamos que se nos iba... Pero, gracias a Dios...

—Gracias a Dios y al hierro —aclaró don Román—. De tomar cucharadas, ¿sabe? Después de tantas idas y venidas, dimos con la medicina. Como que a poco de empezar el frasco la entró tal hambre que tuvimos

que rebajarle la porción. Desde entonces va viento en «pompa». Así, a simple vista, no se nota la fortaleza, pero vea qué brazos... toque.

—Ya, ya. En la cara dice que hay buena sangre —rehusaba don Pablo azorado y, tratando de variar de conversación, indagó la impresión de todos en la ciudad.

Manuela sentía no tener el mar en su pueblo y el padre protestaba de esto, viendo un posible peligro sobre sus intereses. ¿Para que hubiera menos prados y menos maizales?

—Pero, en cambio, podrías poner una fábrica de sardinas en lata —insinuaba doña Victoria, pretendiendo hacer una gracia.

—¡Qué íbamos a entender nosotros de pesca! No sería yo quien cambiara de empleo el capital. Allí te asomas a la puerta y ves tu fortuna segura... Cómo vas a comparar el mar con la miés de los Salcedos, pinto al caso, que tampoco se le ve el fin desde el balcón y es toda nuestra, como un mar verde, verde, que no para de echar onzas a la orilla, como caracoles.

Manuela arguyó que los caracoles del mar eran muy bonitos y los había con ruido dentro.

—¿Ha visto qué inocencia? —exclamó don Román— ¡Si se dijera que ella no le da valor al dinero! Pero quisiera que viera usted lo ahorrativa que es. Tan modosa como la ve en todo, es con el bolsillo. Verdad que tiene a quien salir, y no es por «alabancia» a nadie.

De esta guisa eran las conversaciones frívolas de aquella gente y así continuó don Román tratando en las sucesivas y cada vez más ceñido al asunto el caso de inocencia de la chica y su preocupación por verla encarrilada hacia un halagüeño porvenir. No ocultó a don Pablo que deseaba hallar cuanto antes un yerno conveniente, que él podría ser un marido conveniente para cualquier mujer y que Manuela era una mujer conveniente para el hombre más puntilloso. Todo ello por escalas y llegando a darle cariñosas palmaditas, hasta que le espetó:

—¡Si yo consiguiera, antes de regresar, cerrar aquí un trato...!

A don Pablo, un deseo se le iba y otro se le venía. ¿A qué profundidad de sus sentimientos no llegaba la perspicacia de don Román para atreverse a expresar pretensiones tan claras sin temor de ser rotundamente contradicho? Porque lo evidente era que, cuando meditaba don Pablo en el riesgo de recrearse en aquellos pensamientos, se sentía sin fuerza alguna para rechazarlos. Esto quería decir que no le era ingrata la idea y más se convencía cuando para impugnarla empleaba argumentos que veía con gusto deshechos por optimistas sofismas de don Román.

Así, por ejemplo, él preguntaba si no sería disparate que Manuela



se uniera a un hombre que poco antes la triplicaba en años. Y le contaba don Román:

—No, señor, porque ya no la triplica. Y llegará un tiempo en que ni la duplique siquiera, si no miente la aritmética —con lo que don Pablo desechaba tal motivo de preocupación.

Y convidada de éste, obsequio de aquéllos, teatro un día, paseo otro, extraordinarios actos en tan ruines gentes, don Pablo fué haciendo rápidamente confianza con Manuela. Hasta que al despedirse una tarde, después de haber comido en su casa, don Román le pudo decir:

—¡Amigo, buena ha sido esta robla!

#### IV

Manuela regresó al pueblo creyéndose heroína de un sorprendente suceso y no dándose cuenta aún de que era la víctima.

Al contrario, sentíase contenta. No acertaba a explicarse por qué decía quererla tanto don Pablo y lo achacó a valer más de lo que ella imaginara. «Pero esto, al parecer, es don Pablo el único que lo ve claro», decía, y con ello quedábase inclusive un calorcillo de reconocimiento, que era como un sentir distinto al que hasta entonces tuviera por nadie.

Hallábase como deslumbrada, no de felicidad, precisamente, pero sí por la rapidez y a modo de avalancha como los acontecimientos se fraguaron.

Sin embargo, en algún momento, atrevióse a sustituir en su pensamiento al novio ostentoso por el bueno de Juan, que la miraba como entontecido por las noticias que adquiría, pero contra la preferencia instintiva por éste caía una serie de consideraciones aplastantes. ¿De qué manera hubiera podido ella casarse con Juan, que no tenía sobre qué caerse muerto, como lo haría con don Pablo, todo un señor lleno de autoridad y sabiduría? ¿Había estado ella, acaso, alguna vez enamorada de Juan para poder decir: «Este es mi novio»? Ciertamente que por don Pablo tampoco podía precisar muy bien si sentía amor, pero tanto agasajo y saberse el centro de todas las preocupaciones, no sólo de su novio y familia, sino del pueblo entero, la producían un dulce cosquilleo en el corazón.

Y con estas ilusiones se casó... La boda fué de un lucimiento ilusorio, también don Román no perdió las riendas de la hacienda en el despilfarro. Gastó el importe de una buena vaca y esto fué todo.

Después empezaron a caer sobre los sueños o mejor sobre el adormecimiento de Manuela los días prosaicos, salpicados de caricias que no daban calor a su corazón. Descubrió que no quería a su marido cuando,

en vez de enamorarse de él, se enamoró del amor al aparecer ante sus ojos los misterios de la intimidad conyugal. Y enamorarse del amor, no fué precisamente enamorarse de don Pablo de la Mar, sino hacérsele aborrecible. Comprendió que habían abusado de su inocencia de la misma manera que abusan los padres cuando al bautizar a sus hijos les ponen nombres feos sin que ellos puedan evitarlo, solo que la traición cometida con su inexperiencia era más imperdonable.

De no ser tan tonta, reflexionaba, no se hubiera dejado llevar de aquel viejo, sino de algún mozo guapo y gallardo... ¿para qué pensar en otros, teniendo el recuerdo de Juan? Y deducía que esto hubiera llegado a ser con el tiempo, de no interponerse don Pablo, deslumbrándola secundado por sus padres. Hubiera llegado a ser, porque también las otras mujeres se enamoran y resuelven a tiempo y aunque ella tal vez era tarde por su torpeza desgraciada, hubiera descubierto al fin que a los hombres les hizo Dios para que se enamoren de ellos las mujeres....

Mas ya consideró inútil reprochar a nadie que la hubieran llevado a aquel matrimonio. Comprendió que debía guardarse el reconcomio dentro, calladamente, porque ninguno en torno suyo la comprendería, aunque el desahogo, la satisfacción de su derecho a la libertad, hubieran sido muy dulces.

Pero una mujer que íntimamente piensa y ambiciona de modo distinto a lo que expresa y consigue, es como un volcán en estado latente, con la diferencia de que el volcán estalla, ciega e impetuosamente, sin arterias, y la mujer puede complacer los ímpetus de su realidad interior en la sombra y en el misterio.

Así Manuela ambicionó una satisfacción íntima para su amor propio maltrecho, pues en medio de todos los fingimientos de su bondad, el diablillo mal consejero de sus intenciones no cesaba de repetirle un grito: ¡Venganza!

¿Pero cómo?

Aún no se atrevía a presentir cómo había de ser y aguardó en silencio, escondiendo avaramente el tesoro de sus verdaderas satisfacciones, que eran únicamente, por entonces, las que le producían las deslealtades de su pensamiento.

#### V

Un día, estando en casa de sus padres, so pretexto de buscar remedio a ciertas murrias en la paz de la aldea, y don Pablo allá, en la ciudad, la hora de la venganza llegó sonando del horizonte rosado del atardecer, de la calma gris de la montaña, de la naturaleza quieta y somnolienta,



con tal imperio y convincencia, que sin vacilaciones se entregó a ella: Atravesó la pomarada y, como en otros tiempos, esperó a que pasara Juan.

Y Juan pasó. Manuela tenía una manzana en la mano, pero ahora Juan y Manuela no eran dos niños sino un hombre y una mujer....

No corrieron sobre el idilio pecador de la pomarada, primaveras floridas y veranos ópimos. La traición vengativa de Manuela fué fugaz como un relámpago en su existencia. Hubo de regresar a la ciudad y a los brazos de su marido. Pero dejó una semilla en terreno fecundo. Juan, que recibió a la amiga de su infancia como a un dulce sueño, se desasíó con pena de sus brazos, se fundió con amor a su recuerdo y ni siquiera intentó sustraerse a la nostalgia de Manuela, que le envenenó la voluntad refiriéndole el fastidio de su vida y su saciedad de aquel matrimonio anodino.

Pero antes de marchar le advirtió que no debía acordarse más de ella, a lo cual Juan no se sentía muy propicio, sino por el contrario, puso todo su esfuerzo en aproximarse a Manuela. Para esto era necesario bajar a la ciudad y bajó, buscando allá ocupación que a la vez que sustento le proporcionara justificación de su viaje. Había seguido el oficio de su padre y a éste se dedicó, pero con emplearse no disimuló para Manuela sus verdaderas intenciones.

Y que él la quisiera no dejaba de serle grato, pero que la buscara, le resultaba poco prudente. Si accedió a entrevistarse con él, fué para comprenderle, principalmente. No debía olvidar que ella era una mujer casada... y honrada. Y ella quería, necesitaba seguir siendo esto último, porque ¿qué llegaría a suceder si no?

Sucedió, por lo pronto, que don Pablo, en antecedentes de aquella infantil amistad de Manuela, se enteró de la estancia de Juan en la ciudad y al mismo tiempo de un rumor inquietante que llegaba de la aldea. ¿A qué se había marchado Juan? Y a una indagatoria en este sentido sometió a su mujer.

—¿Tú sabías que Juan andaba por aquí?

—Sí, lo sabía —contestó ella con firmeza.

—¿Le has visto?

—Sí, lo he visto.

—¡Ah, le has visto!

—Ya te digo que sí, que le he visto.

—¿Y has hablado con él?

—Sí, he hablado con él.

—¡Ah, has hablado con él!

—Ya te digo que he hablado con él.

Don Pablo, bruscamente:

—¿Y por qué no me has dicho nada?

—No sé. No me habré acordado. ¿Tenía obligación de decírtelo?

—No, no tenías obligación.

—Entonces...

Pero bien comprendía Manuela que su marido no quedaba satisfecho y que esto era preciso evitarlo por otro medio. Astuta, no vaciló en hacerse la víctima; echóse a llorar y abrazándose a él, le dijo que era cierto que Juan la perseguía.

Con esta confesión, don Pablo quedó como desarmado contra Manuela, cuya inocencia se mostraba patente. Ella refirió pormenores que lo probaban; justificó así también el motivo de haber callado hasta entonces todo cuanto a Juan pudiera referirse y, en fin, se solazó en un nuevo engaño refinadamente...

Don Pablo pareció convencido de la inquebrantable fidelidad, de la bondad y de numerosas virtudes más de su mujer, que, sin embargo, se mostraba resentida y como dispuesta a no perdonarle nunca que hubiera sospechado un momento de aquéllas. De este modo obligó a su marido a demostrarla mayor confianza y a tratar de congraciarse con ella. Pero la mosca le quedó siempre tras la oreja al respetable cónyuge don Pablo de la Mar.

## VI

La idea de mandar su fortuna para otro, frenaba en don Pablo sus impulsos de ordenar el porvenir de sus bienes. El hubiera querido, al disponer de su última voluntad, expresarse de una manera única: «Todo para mí». Pero hacer testamento era, precisamente, desprenderse de todo, y aunque el desprendimiento fuera para después de la muerte, el dolor le agobiaba ante esta perspectiva.

Al mismo tiempo le acometía un temor de mal agüero. Hacer testamento le asustaba y le traía pensamientos tristes; le parecía como dar un largo paso hacia la boca del sepulcro. No le bastaba para contrarrestar esta sugestión, ver que gran parte de los hombres tienen manifestada su última voluntad desde luengos años y siguen disfrutando de la vida tranquilamente. «Después de hecho —se repetía— me parecerá que debo morirme, porque luego que disponga de lo mío para otro creeré que no tengo derecho a la vida».

Pero quiso hacerse a la idea de que su honrada esposa podía amortiguar la fuerza de semejante presentimiento, quizá porque en ella encontraba don Pablo el ser más digno de tomar y cuidar el oro que él



había ido amontonando. Consiguió desechar todos sus miedos y se dispuso a visitar al notario.

Antes meditó bien la forma cómo dejaría dispuestas las cosas. No quería confusiones para sus herederos. No quería tampoco que se faltara nunca al debido respeto a su fortuna. Le parecía una ligereza imperdonable no prever posibles contingencias para el futuro de aquellos frutos de su ambición y de su natural ahorrativo. Pensar que desde el otro mundo pudiera él darse cuenta de cualquier desgaje de su herencia, le espeluznaba de antemano por la convicción de cuánto habría de hacerle sufrir. Pero todos estos peligros, disponiendo con cuidado y prudencia las cosas, los evitaría en lo posible. Y cuando estuvo todo bien meditado, otorgó su última voluntad.

Que, en efecto, lo fué, pues ocho días más tarde estiró la pata de una pulmonía doble que pescó al salir de casa del notario. Si llega a prever esto don Pablo, no hace testamento hasta doscientos años más tarde.

Muerto el viejo, Manuela le lloró por el momento, como lloran las buenas viudas, y se marchó a su pueblo con la pena. Transcurrió un año, durante el cual la viuda y heredera, arregló sus asuntos y llegó al fin la hora de que entrara nuevamente en escena Juan.

Por esta vez había sido prudente. Aunque siempre pensando en Manuela, se quedó en la ciudad, dejando correr los días intranquilo por acercarse de nuevo a ella. «Estará segura de que yo no la olvido» —pensaba— y tenía a la viuda por cosa suya. Y aseguró por su salud, y estoy por jurarlo por la mía, que el buen muchacho no acompañaba un solo instante a su pensamiento la constancia de que había caído en manos de Manuela la cuantiosa fortuna del difunto.

Como dejó dicho, transcurrió un año y entonces Juan decidió dejar la ciudad y marchar al pueblo a pretexto de reponerse de cierto catarro gripal que le había dejado una insignificante carraspera, incapaz de resistir la acción de cualquier caja de pastillas recomendable.

Pero la nueva salida de Juan a esta escena, merece todos los honores de un nuevo capítulo, que tan poco cuesta.

## VII

Otra vez en la pomarada: Manuela veía marcharse el sol de una tarde septembrina y tenía una manzana en la mano, cuando vio aproximarse a Juan. Púsose la viuda colorada como la fruta, bien a pesar suyo, aunque por dentro se sentía llena de entereza y dominio de sí misma, que demostró aguardándole inmóvil y serena.

—Hola, Juan. ¿Cómo tú por aquí?

—Hoy he venido.

—¡Vaya, vaya!

No era el mozo de muchas palabras y menos si no se le habrían ánimos. Ella no pareció alentarle a hablar, pero las manzanas habíanles servido más de una vez de punto de partida para su conversación y Juan le pidió la que tenía en la mano.

Manuela apretó la fruta hasta palidecer las yemas de sus dedos.

—Está verde —le dijo.

Cortado y perplejo dejó a Juan la respuesta, tanto que por no volver al silencio aprovechó la coyuntura para hablar del tiempo tan malo que había venido para todo. Pero siguió advirtiendo en Manuela una actitud adusta, que creía sentir como promovida por su presencia.

—¿Cuándo vuelves a la ciudad? —le preguntó ella.

—No pienso, por ahora.

—¿Cómo! ¿Dejaste el empleo?

—Sí. Ya tú sabes que yo no fui allá abajo por trabajar.

—¡Bah! Creí que te habrías hecho a aquello.

—¿A estar sin tí? No puedo ni quiero. Por eso he venido. Por verte.

—Pues haces mal. Las locuras no deben ser para repetidas.

—¿Quién habla ya de locuras? Tú me dijiste que me querías.

—Hombre... claro que te quería...

—¿Entonces? ¿A eso vengo yo. A saber que me sigues queriendo y a quererte.

—Ya sabes tú cómo nos quisimos nosotros siempre. Tú eras un chiquillo y pasabas...

—Pero después...

—¡Después! ¡No recuerdes aquello, Juan, no me avergüences!

—No es para avergonzarse. Tú lo hiciste porque me querías.

—¿Quién sabe por qué lo hice, si lo hice sin saber lo que hacía! Hay horas en que no se debiera vivir.

—Sí; ya te arrepentiste a su tiempo. Pero ahora ya puedes hacer todo lo que te dé la gana.

—Pero no dejar de ser una mujer honrada.

—Lo eres. Yo no pido nada que no debas darme.

—Entonces, ¿a qué vienes?

—A decirte que te cases conmigo.

—¿Qué cosas tienes! —exclamó la viuda, sonriendo como procurando restar seriedad a las palabras de Juan.

—¡Ah! ¿No quieres?

—¡Pero, hombre! ¿No comprendes que no debo querer? ¡Con lo que



se ha pensado de nosotros! ¿Qué no dirían entonces? ¡Ay, Juan! ¡Si tú no hubieras hecho aquella locura de bajar a la ciudad!

—Es cierto, pero yo no pensaba en lo que iba a suceder... Ni en tú resistencia, ni en que tu marido fuera a morir tan pronto.

—Mira, haz el favor de no mezclar en nada de esto a mi marido. Él era un hombre honrado. Y yo soy una mujer honrada también.

—No veo tú honra tan perdida porque vuelvas a ser mía como Dios manda.

—¡Ay, sí, Juan, sí! ¡Figúrate tú, figúrate lo que se diría! ¡Aunque te quisiera, no debería casarme contigo!

—¡Y te casarás, de contra, con cualquier otro!

—¡Quién piensa en eso ahora! No te rompas con ello la cabeza. Resígnate. ¿Crees que no tengo yo mucho de qué resignarme? Y, ya lo ves, me resigno. ¡Qué remedio me queda! Tú, vuélvete allá abajo, trabaja y no te acuerdes más de mí.

—¡Pero si tú me quieres!

—Puede que te quiera, pero líbreme Dios de querer nunca a un hombre hasta perder por él mi honra. El que yo te quiera no debe servirte a tí más que de consuelo. Y ni de consuelo siquiera, ¿para qué? Vete, vete y más vale que pienses que no te quiero nada.

Las palabras de Manuela se le iban clavando a Juan en la carne como una lluvia de punzantes espinas, anonadándole como el vacío de una pesadilla. A cada instancia, el vacío era mayor; rogó después y a cada ruego, la cima de sus ilusiones se hacía más profunda. La viuda era como un muro de carne; tentador de todo riesgo, pero inexpugnable desde el abismo en que por último imploraba Juan.

Y aquel amigo tan simpático a quien en otro tiempo había entregado ella tantas doradas manzanas, se alejó convencido de que ya los frutos de la pomarada no volverían a estar en sazón para él. Más convencido aún, porque vió que Manuela le sonreía con cierta pena y, sin embargo, le dejaba marchar....

## VIII

Y dirá algún lector, de esos ingénuos que existen todavía: «¡Qué mujer! ¡Qué entereza! ¡Qué formidable concepto de la honestidad! Las *circunstancias* la impulsaron a ser débil un solo día, pero supo vencer las *circunstancias* hasta más hallá de sus deberes de esposa...»

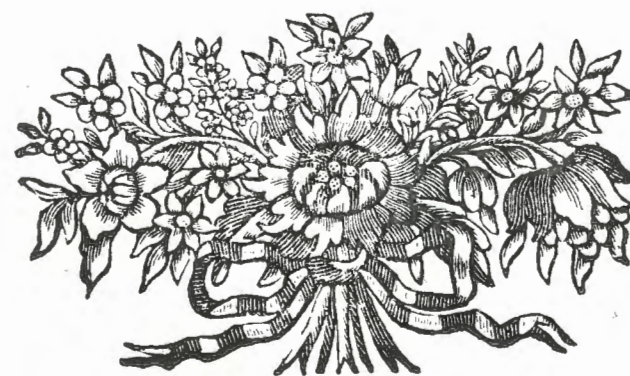
Lector: no te entusiasmes ni te acalores, que yo sé el secreto motivo de aquella ejemplar resolución. Por cierto, que ganas se me pasan de ocultarle y puede que lo hiciera de no temer luego la visita impertinente

de cualquier curioso; o de cualquier defraudado con mi historia, cuando tan fácil es dejarles, sino contentos, enterados.

Lo diré, pues: Sabed que el miserable don Pablo de la Mar hizo un testamento de comedia de enredo. Dejó a Manuela heredera de toda su fortuna, pero con una restricción: no había de casarse con su amigo Juan, y en el ínterin de esta posibilidad no adquiriría una plena propiedad sobre la herencia.

Y la sangre de los Altocierros, ante un capitalito de cien mil duros, triunfaba consecuente en Manuela. Esto era todo.

FRANCISCO CUBRÍA SAINZ







DIBUJO DEL  
ESCULTOR MONTAÑÉS  
SANTIAGO HERRÁN,  
POR  
ISMAEL MAÍN

## ROMANCE DE SANTIAGO HERRÁN, ESCULTOR

### I

Santiago plantó en la luna,  
dos cipreses y un naranjo,  
tres laureles y un rosal,  
cuatro nogales y un álamo.

Y como tenía el alma  
sedienta de vino blanco,  
se bebió todas las luces  
que daban colores claros.

### II

Santiago Herrán, cuando hablas  
tienes figura de santo.  
Tu novia será una estrella  
que tenga el rostro muy pálido

y que parezca una niña  
robada por los gitanos.  
Una niña blanca y rubia  
con los ojos azulados.

### III

Santiago Herrán, escultor  
que has venido de un páramo  
de nuestra vieja Castilla:  
¡Hermano, hermano, hermano!

¡Tú has plantado en la luna  
dos cipreses y un naranjo,  
tres laureles y un rosal,  
cuatro nogales y un álamo!

## ROMANCE AZUL

A DON LUIS SOLER.

### I

Cielo azul y mar azul  
vistos desde la bahía.  
Las gaviotas por el aire  
damas blancas parecían.

Agua salada y brillante,  
picada de algas marinas,  
de leyendas misteriosas  
de viejas piraterías...

Agua salada, salada,  
agua de aquella marisma  
donde se me ahogó una noche  
borracha de luna linda,

el caballito, caballo  
con que a buscarte yo iba.  
La luna, loca de nubes,  
por el cielo se tendía.



## II

Cielo azul y mar azul.  
Cantares de honda alegría,  
cantares de pena negra.  
Cantares. Melancolía...

Las gaviotas por el aire,  
los maderos por la ría...  
Los pensamientos por dentro,  
los suspiros por la brisa...

¡Y el alma de mi caballo,  
borracha de luna linda,  
caminará por los juncos  
que crecen en la marismal...

### DIOS CASTELLANO

A DON CARLOS MUÑOZ GARCÍA-VILANOVA.

En las viejas vidrieras policromadas  
brillan los Siete Pecados Capitales  
con las antiguas leyendas historiadas  
sobre el color ambiguo de los cristales.

Las palomas pasan volando en bandadas,  
hasta columpiarse sobre los trigales  
de frutos maduros y cañas doradas  
que alegran las luces de los ventanales.

El Dios castellano de la mi Castilla;  
el Dios castellano de la mi Montaña  
es el Dios de mis campos de maravilla...

¡Campos cuyo paisaje tengo en la entraña,  
como una grande, fuerte y santa semilla  
que engendra este grandioso amor hacia España!...

FRANCISCO P. FUENTENEbro



# La Revista de Santander

Publicación mensual de  
Arte, Historia y Literatura regionales

REDACCIÓN: BIBLIOTECA MUNICIPAL  
ADMINISTRACIÓN: LIBRERÍA MODERNA

Precios de suscripción: Año, 25 ptas. Número suelto, 3 ptas.

### TARIFA DE PUBLICIDAD

Plana completa:	un año, 450 ptas.;	medio año, 250 ptas.
Media plana:	» » 250 »	» » 140 »
Un cuarto de plana:	» » 140 »	» » 75 »
Un octavo de plana:	» » 75 »	» » 40 »



